







I • PRIMA • CANDIDA

IGNACIO ^{Olivero} ZULOAGA

ANTONIO

SANTAMARINA



UN DRAMA FRIO

Por LEONARDO A. BAZZANO

ILUSTRACIÓN
DE
PETRONE

— ¡No, no! Basta; es asunto terminado.

Clotilde se levantó, impetuosa, del sofá que ocupaba y se dirigió al balcón. El, Ernesto, se quedó con la vista fija en un cuadro que representaba un parquecito en miniatura. Una senda estrecha, de oblicua perspectiva, se truncaba, de pronto, frente a un muro gris, desteñido, maculado de manchas verdes.

— Así mi vida, — pensaba él; — un parquecito delicioso, bordado de flores anuales. Después... un muro gris. Ya hemos recorrido la senda perfumada.

La salita, en la penumbra, infundía tristeza. Diríase que el ambiente se hubiera llenado de amargura. Los muebles, como seres sensibles, exteriorizaban la honda pena que, en lo sucesivo, llenaría toda la casa. La mesa de la sala, frágil, esbelta, creación de la fantasía de un artista, proyectaba, sobre el piso encerado, la sombra de sus largas patas. El sofá, las sillas, las butacas se destacaban vagamente.

Ernesto meditaba.

— ¡Oh!, ¡cuándo la sombra penetra en las almas!

Y quiso recordar el principio de la escena.

El estaba ahí, en su salita de fumar, en su gabinete de poeta rico, de intelectual de fortuna. Clotilde entró de pronto. Simulaba tranquilidad, pero le temblaba la voz. ¿Cómo fué? ¿Cómo fué la primera frase? ¡Ah! Sí. — «Hay cosas que es necesario decirles, porque ahogan». Sí, y habló de María Esther. Estaba celosa, evidentemente. ¿Quién habría sido el chismoso?

Dirigió una mirada furtiva a Clotilde. Esta permanecía ahí, tras los cristales del balcón, como si la recreara el paso de los transeúntes, el rodar de los vehículos.

La llamó tímidamente. Ella no respondió. Seguía en su inmovilidad de estatua.

Ernesto empezó a inquietarse. Sabía que las decisiones de Clotilde eran inquebrantables. La última frase resultaba ambigua: — «¡Basta, basta! Es asunto terminado». ¿Qué hechos aguardarían detrás de esas palabras?

Se levantó, con energía, ocultando el verdadero estado de su alma. Encendió un cigarrillo y dio en recorrer la habitación a grandes pasos, sobre una misma línea. Tosió. Clotilde seguía inmóvil. Dió vuelta a la llave de la luz. Al iluminarse la salita, de pronto, Clotilde no pudo reprimir un leve movimiento. Después volvió a su quietud.

Llevaban poco más de un año de casados. Algunas leves nubes habían cruzado por el cielo de su felicidad. Caprichitos no satisfechos, frecuentes regresos del club a deshora y alguna esquelita femenina, sorprendida en la carpeta; naturalmente, sin rebusca. La eterna novela vulgar de las gentes de gran mundo, los dramitas espirituales, que apenas se esbozan, que no salen del rincón íntimo; dramas de pasiones contenidas, a veces muy intensas, que la cultura sofrena. Por eso el vulgo cree que en la alta sociedad sólo existen almas frívolas. Hay corazones que sangran en silencio, sin alardes líricos, sin brusquedades. Son los dramas sin palabras, sin gestos; los dramas eternamente ocultos, que escapan a la curiosa sagacidad de la servidumbre.

Cuando Ernesto, repentinamente, salió de sus cavilaciones, vió a Clotilde, sentada, hojeando una revista. Paseando por la habitación observó que detenía su vista en una página iluminada. Era la ilustración del último cuento que él, Ernesto, había publicado. Una escena de celos entre dos jóvenes esposos. Su caso. ¡Ah! Insensato. Entonces era él, él mismo, quién había descubierto su peca-dillo pasional, peca-dillo inocente, después de todo. Había sido él quién había despertado, en la cabecita loca de su mujer, los celos que amargarían la existencia de ambos. ¿Por qué? ¿Por qué había descubierto así su secreto? ¡Ah!, ¡qué loco afán por alcanzar la frase de aprobación de los amigos intelectuales, el fugaz aplauso del público!

¡Qué caro pagaría su instante de vanidad! Sin su artículo, su *flirt* con María Esther habría pasado inadvertido. Se detuvo y vió la ilustración. La protagonista de su cuento, de pie, en la salita, leía con asombro el anónimo revelador. Y recordaba el párrafo de su cuento. «Mujercitas ingenuas, mujercitas confiadas, frívolas, con bellos ojos de pupilas luminosas que ven a flor de superficie, sed sagaces, vigilad con disimulo a nuestro esposo. Desconfiad de la amiga íntima, que os halaga, que os sonríe».

— ¿Se puede?

— Sí — contestó Ernesto.

Era el mucamo de comedor. Asomó por la puerta que daba al vestíbulo, se inclinó en una reverencia de autómatas, y dijo:

— La mesa está servida.

Ernesto se aproximó a Clotilde, sonriendo. Con un gesto y ademán, que quiso hacer cómico, ofreció el brazo a aquélla.

— Gracias. No necesito apoyo. Camino sola. Se puso de pie. Su traje ceñido, un poco masculino, de una tonalidad violácea, oscura, le sentaba maravillosamente. Hacía resaltar su rostro muy blanco, su tanto pálido. Los ojos se embellecían sobre la orla de las ojeras, que la ira y la angustia provocaran.

El, de pie, quedó esperando junto al umbral de la puerta. Ella pasó a su lado, rozándole, altiva, indiferente.

Y esa noche, en la fría soledad de su gabinete de trabajo, Ernesto, cuya frente surcaba una arruga, reflexionaba:

— ¿Con qué compensa el público el sacrificio del escritor sincero? Le damos pedazos de nuestra alma desnuda. Le ofrecemos los latidos más íntimos de nuestro corazón. Le arrojamos, pródigos, las exquisiteces de nuestra mente, nuestros pensamientos más íntimos. ¿Para qué? ¿Por qué?

En un momento de abandono había dado la felicidad de su hogar.



FESTIVAL ARTISTICO

En la QUINTA LORELEY

VISIONES
DE UN
PINTOR FLORENTINO



Sra Maria
Gena
Green
del Solar

U N A
V I S I T A



CAMPESINA RUSA



A vida nos sorprende a cada instante... Entre las innumerables fiestas organizadas por nuestros altos círculos sociales, con fines caritativos, ningún programa me interesó como el de la representación de Cuadros Vivos, en la quinta Loreley, en Belgrano. Me encantaba, realmente, la idea de asistir a la fiesta en aquella aristocrática mansión, en cuyo recinto habría de desarrollarse un programa que se auguraba como exquisita nota de arte y de distinción... Sin embargo, todo se conjuró para privarme del placer que me prometía... Llegaron, luego, hasta mí las más entusiastas referencias; la fiesta había resultado una ¡maravilla!; y yo, la curiosa incorregible, no había podido admirar los cuadros tan felizmente interpretados, ni escuchar, tampoco, la evocación llena de poesía que ilustrara cada una de aquellas escenas...

¡Cuán grata fuera mi sorpresa al recibir, algunos días después, un abultado sobre, que me traía — como respuesta a mi deseo — la conferencia escrita por el poeta amigo, para ilustrar la fiesta más artística de la temporada... Más aún debí agradecer; junto a las carillas escritas a máquina, varias hojas manuscritas, con menudísimas patitas de mosca, por cierto, consignaban para mí la primera versión, los apuntes, que hallara demasiado extensos el autor, para ser leídos en aquella ocasión... Acompañen, pues, a las hermosas, atrayentes figuras, que supieron dar vida a la creación del poeta, siquiera algunas de sus palabras...

Sra
Elisa
del
Campillo

Sra
Ana
Flora
Biran



M O D E L O



Sra Julia
De Roca
De Lopez
Sra Hanna
Mihanovich

D A M A S P E R S A S

«Paolo Brunelleschi, artista de Florencia, anida en su alma, con la intensidad de una fe religiosa, el amor ferviente de la belleza ideal. En él se acumulan, a través de innumerables generaciones, las influencias misteriosas y propicias de una cultura secular, y en el ambiente maravilloso de su ciudad nativa, que guarda los más puros tesoros del arte humano, ha respirado desde niño las auras sublimes que nutrieran en lejanas edades a sus antepasados augustos... Desde la vía del Petrarca, hasta la plaza Savonarola; desde la ciudadela de Basso, hasta la puerta de San Miniato, — que son los cuatro puntos cardinales de la ciudad — Paolo Brunelleschi, reconcentrado, solitario, ha paseado muchas veces sus ensueños

D A M I T A S D E L A C H I N A

Stas Maria
Clerza
y Maria
Antonia
Lancis

de gloria a través de las calles angostas y tortuosas de la villa toscana que vieran pasar, hace siglos, el perfil sombrío del Alighieri. El Arno le ha visto inclinado sobre el puente de la Trinidad, o el de las Gracias, como si quisiera sorprender, en el espejo movable de sus aguas, alguna imagen fugitiva. Una gran inquietud devora su ánimo. Errando por la plaza de la Signoria, contemplando desde las alturas de Fiesole la perspectiva de la ciudad, de donde emergen el Campanile del Baptisterio y la cúpula de Santa María del Fiori — aquella cúpula que erigiera su antepasado, el arquitecto Felipe Brunelleschi, — Paolo recuerda a los espíritus universales y gloriosos, nacidos en la misma tierra de Florencia. Entonces, su

Sra Martize Flores Piraz
« G L O R I A »



Julia Emma Lopez Roca
Maria Josefina Cazon

B R E T O N A S

Adela Casal Green
y Maria Carlota Cazon



Señoras
M^{te} Theodosia
Hoca de Watson
Ines Gonzalez
Guerrico
de Lastra
y
M^{te} Constanza
Dunqe de
Zabalia

C U A D R O
E S P A Ñ O L

alma múltiple, como la de aquellos varones del Renacimiento, curiosa y ávida como la de Leonardo, se siente acometida por ambiciones diversas; sueña, a veces, con ser un príncipe, — un príncipe amable — protector de las ciencias y las artes, como Cosme de Médicis, o el magnífico Lorenzo. Otras, quisiera predicar — henchida el alma de una fe inflexible y arrebatado por terrible cólera de apóstol — con las palabras de fuego del Savonarola. Anhelará, como Vespuccio, desafiar en atrevidas carabelas el misterio de los mares lejanos, o en la serenidad del gabinete trazar, como Maquiavelo, las páginas profundas o luminosas de algún libro inmortal. Soñando a ratos con amores reales y trágicos, evoca a Catalina de Médicis, madre de tres reyes de Francia, tan bella y tan pérfida. Ante el David, de Buonarrotti, quisiera también, lleno del miguelangelesco ímpetu creador, tallar en el mármol figuras imperecederas,

y a veces se ve a sí mismo, cincelando, como Benvenuto, el pomo de un puñal, digno de atravesar corazones ducales. El espíritu jocundo de Boccaccio parece infundirse, otros días, en él, por virtud de un avatar milagroso, y entonces, ante sus amigos regocijados, brotan de sus labios las anécdotas de un Decamerón imposible...

Pero un día, ante un cuadro de Giotto, se le ha revelado, por fin, su vocación verdadera. Su temprano amor a la pintura cristaliza en él, aboliendo toda otra inclinación, y bajo el cielo azul y diáfano de Florencia, ante los verdes paisajes indescriptibles, ante los jardines señoriales y suntuosos, ante los grupos pintorescos, que discurren por la galería de los Oficios, siente que el color y la línea llaman a su espíritu con un reclamo más fuerte que cualquier otro encanto...

Por la copia,
LA DAMA DUENDE.
FOTS. DE BALDISSEROTTO.



Señoras Sofía Santamarina, Felia Lora Salazar

María Emma Lopez

H O L A N D E S A S

Usando sus propias palabras sobre Jorge Manrique, podemos presentar a Azorín: «¡Azorín!... ¿Cómo es Azorín? Azorín es una etérea, sutil, frágil, quebradiza. Azorín es un escalofrío ligero que nos sobrecoge un momento y nos hace pensar. ¿Cómo podremos expresar la impresión que nos produce el son remoto de un piano, en que se toca un nocturno de Chopín, o la de una rosa que comienza a ajarse, o la de las finas ropas de una mujer a quien hemos amado y que ha desaparecido hace tiempo para siempre?» Porque Azorín es eso: una cosa sutil, frágil, quebradiza; una música de Chopín. De todas sus páginas fluye, como el agua limpia de los hontanares, una suave y acariciadora tristeza. Es el poeta del pasado y de las cosas humildes, insignificantes, vulgares. «Un sensitivo de la historia», como dijera Gasset.

En uno de sus libros que hemos leído con mayor emoción, nos cuenta este peregrino señor las «andanzas de su cuerpo y las terribles perplejidades de su espíritu.» Este libro se intitula sencillamente *Antonio Azorín*. En él está toda el alma torva y ceñuda de los viejos pueblos castellanos. Os invito, lector, a una excursión amable a través de sus páginas.

Azorín vive en una casa amplia, de paredes blancas, enjalbegadas de cal. Se levanta ésta sobre un collado, entre el follaje de los viñedos y lentiscos. El sol rase-ro de las tardes ilumina con un brazo pulginoso el verde negruzco de las plantas. Al anochecer se oye el traqueteo de los carros y el tintinear de las esquilas. De tarde en tarde, un cuchillo tañe su planta y «vibra una canción lejana que sube, baja, ondula, plañe, ríe, calla...» Su vida es agitada, nerviosa, febril, llena de preocupaciones. Tiene que escribir día a día artículos y más artículos, leer libros y más libros. Bien quisiera él un poco de tranquilidad, de sosiego. Así es cómo un buen día carga sus maletas y se marcha a los pueblos... En ninguna parte podrá estar mejor Azorín que en los pueblos; él que es amigo del silencio — del «maravilloso silencio», como decía Cervantes—; él que gusta mirar los ojos anchos de esas buenas muchachas provincianas que, al caer la tarde, cogidas del brazo, van a dar vueltas en la plaza tarareando en voz baja una tonada melancólica... «Una de las voluptuosidades de provincia — nos dice — es salir a la puerta. Salir a la puerta es asomarse un poco indeciso, un poco hastiado, mirar al cielo, escupir, saludar a un transeunte, auparse el pantalón... y volverse adentro, hasta otra media hora en que volver a salir, también cansado, también indeciso a escudriñar la monotonía del cielo y la soledad de la calle...» Esto no se puede hacer en Madrid, ni en Buenos Aires, ni en Londres...

¿Cuál es el pueblo que ha elegido Azorín para sus primeras andanzas? Se llama Monóvar. Es un pueblecillo limpio, silencioso, de viviendas blancas donde se duerme perezosamente el sol. En él el cielo es siempre de un azul radiante, y por las noches fulgen temblorosas las estrellas. Al amanecer suenan las campanas que llaman a la primera misa. Los gorriones parteros, revuelan en su patio. Y cruzan encorvadas por la calleja solitaria las viejecitas enlutadas, de manos pajizas, en dirección a la iglesia. ¿Os imagináis la emoción de esos días opacos, vulgares, en que nada sucede?



A Z O R Í N

POR

HECTOR RODRIGUEZ PUJOL

En estos pueblos dormidos, indiferentes, silenciosos, la vida se desliza también indiferente, también silenciosa. Vivimos en más íntima conformidad con nosotros mismos; nada nos solicita. Bien podría, pues, Azorín ser feliz en este pueblo; y, sin embargo, no lo es. ¿Pero hay alguien que sea feliz en el mundo? El alma de estos pueblos está formada de tristezas y de lágrimas. Una honda, una terrible preocupación atormenta constantemente el alma simple y primitiva de esta gente. Las mujeres rezan día y noche, no salen de la iglesia y exclaman a cada paso: «¡ay, Señor!», con una honda resignación melancólica. Aquí hay un viejo que está llorando, un viejo de bigotes blancos que lleva unos lentes colgados de una cinta. ¿Por qué llora este viejo? «Este viejo llora de alegría.» Pesa sobre este ambiente pueblerino una tristeza ancestral. Y así es cómo las notas de un piano, que un su amigo arranca a requerimiento suyo — las notas de un piano en que se toca un concierto de Humel o una melodía de Chopín — causan en una casa un desorden terrible...

En Monóvar vive Azorín algunos días, luego se marcha. ¿Adónde va Azorín? Azorín se marcha a Petrel, donde lo llama su tío Verdú, que está enfermo y va a morir. En Petrel, Azorín conoce a su más grande amigo, Sarrió. Sarrió — nos cuenta — es un epicúreo. Gusta del bien yantar y de los vinos exquisitos. No se entusiasma por nada, no grita, no discute. Sarrió es un sabio. Posee la sabiduría absurda de encogerse de hombros ante todas las cosas de la vida. Sarrió vive en un caserón inmenso con su mujer y sus hijas, tres muchachas de ojos negros y cabellera undosa: Aurora, que es la más bonita, la más cariñosa, la más suave; Pepita y Carmen. Azorín, sin embargo, se enamora de Pepita. El no lo dice, pero nosotros llegamos a saberlo. Nos cuenta solamente que «esta Pepita,

cuando mira, tiene en sus ojos algo así como unos vislumbres que fascinan.» Sus manos son blancas, suaves, y saben urdir los finos encajes. Además, Pepita toca al piano viejas melodías que Azorín ya se sabe de memoria, pero que, oyéndolas cada día, le traen recuerdos de cosas queridas que se esfumaron para siempre.

De Petrel y en compañía de su gran amigo Sarrió, Azorín hace sus correrías por los pueblos circunvecinos. Visita Villena, Alicante, Orihuela, hasta que un buen día siente que tiene que marcharse; no sabe él mismo adónde, pero tiene que marcharse, acaso para no volver. Azorín es un hombre inquieto; no se está sosegado en ninguna parte. Carece de *autotelia* y no puede trazarse el fin de sus acciones. Siente que una fuerza extraña lo arrastra por todos los caminos donde va dejando un poco de su alma, de su juventud, de su vida... Quizás sea ese el destino de todos los artistas...

Azorín, pues, se marcha. ¿Adónde? Piensa un instante, y luego decide: ¡a París! Pepita, es claro, se asusta, tiene miedo. Eso está muy lejos, y además ella sabe que en París hay mucha gente mala. Así se lo confiesa a Azorín y Azorín se sonríe con una imperceptible sonrisa melancólica. Ahora viene la despedida. A Pepita le estrecha sencillamente la mano y le promete que le escribirá desde París una carta muy larga; y a Sarrió, que ha ido a acompañarlo a la estación, lo abraza estrechamente

mientras éste le dice: «Azorín, cuando se coma usted esa uva que va en la cesta y que yo he cogido en el huerto, acuérdesse que aquí deja un amigo sincero...» Y nada más. Adiós... y el tren se pierde en la lejanía...

Ya en Madrid — porque Azorín no ha ido a París, sino a Madrid — vuelve a su vida agitada de siempre. Escribe otra vez esos artículos terribles que son el comentario del día. Pero el recuerdo suave de Pepita lo alienta y lo conforta en las asperezas de la lucha. Y una noche, de vuelta de la redacción, le escribe a Pepita una carta muy larga en que al final le dice: «Pepita, Pepita; yo me siento conmovido y estoy a punto de sollozar cuando pienso en todas estas cosas... Yo me veo solo, yo me veo triste; yo veo que mi juventud va pasando estérilmente sin una ternura, sin una caricia, sin un consuelo...»

Lector: Todo lo que has leído lo he entresacado del libro de Azorín. Muy poco o nada me pertenece. He intentado darte en forma de un artículo la esencia del libro. Ahora, si te place, puedes leerlo en la seguridad de que no pierdes el tiempo inútilmente. Bien quisiera yo continuar hablándote de estas cosas, pero estoy algo cansado y tengo, además, un poquito de sueño. Son las dos. Suenan graves las campanadas del reloj de la iglesia. Ningún ruido turba el silencio de la noche. Yo vuelvo a leer las cuartillas que he escrito y siento también un ansia vaga de llorar... Lector: Yo me veo solo, yo me veo triste; yo también veo que mi juventud va pasando estérilmente sin una ternura, sin una caricia, sin un consuelo...

CARBÓN DE
A L O N S O



El Cristo del Amor

Un artista andaluz creó a mazo y escoplo esta imagen doliente del Bueno, que la devoción sevillana distingue de las otras llamándola *Cristo del Amor*.

A Juan Martínez Montañés se le considera como uno de los más geniales maestros del arte cristiano español. Sus padres eran bordadores en Alcalá la Real, donde nació (1568). Trasládose a Granada y después a Sevilla, cuyos templos pobló de estatuas admirables. La más antigua de éstas, el *Niño Jesús*, es de 1607. Tras su obra predilecta, — el Jesús Nazareno, llamado de *La Pasión*, — el Montañés anduvo, el día que fue sacada procesionalmente por primera vez, buscándola «en las bocacalles, fuera de sí, absorto y admirado de que él la pudiese haber ejecutado.» Murió en 1649.

El *Cristo del Amor* es una maravilla. A la luz de los cirios, el hermoso rostro parece animado por estremecimientos agónicos. Aquel dolor impresiona al visitante, admira a los artistas y hace llorar a las mujeres. Para las mujeres hizo el Montañés su *Cristo del Amor*. Y las mujeres rezan anonadadas ante Jesús moribundo, porque ven en él al Hijo de la Dolorosa. Desde el siglo XVII, las madres sevillanas imploran los perdones, las enmiendas y los milagros que necesitan sus hijos enfermos, sus hijos perdidos, sus hijos ausentes.

El *Cristo del Amor* prodigó los milagros y siempre supo conceder el inefable milagro de la conformidad. Los hijos vuelven a la salud, vuelven al bien, vuelven del mar y de la guerra, gracias a la intersección del Hijo. Y cuando no, en lugar del muerto, vuelve su alma ya tranquila para aliviar las penas maternas.

Filósofos descreídos: ¿qué podéis dar a las madres creyentes, en cambio de su ciega devoción hacia la imagen tallada a mazo y escoplo por un inspirado artista andaluz?

POR LOS MUNDOS DE DIOS.

Andábamos metidos en una revolución correntina Roberto Payró y yo, allá por el año 1893, a simple título de corresponsales de los respectivos diarios en que escribíamos. La revolución se desarrollaba en toda la provincia, pero a nosotros nos había tocado informar sobre lo que pasase en la costa del Uruguay. Por eso, y a fin de estar pronto para acudir al lugar donde los hechos de armas se produjesen, hicimos campamento en Concordia, con ferrocarril a mano y hotel potable.

Una parte del ejército revolucionario, a cargo del coronel Insaurralde, de Samuel Acuña y del doctor Gómez, había sitiado el pueblo de Santo Tomé. La plaza era sostenida por el jefe político, un tal García, oriental, bravo como las armas, incapaz de rendirse al enemigo, aunque tuviera que morir de hambre. Con treinta milicos, armados a remington y con escasas municiones, hacía más de veinte días que se sostenía en la ciudad sitiada.

Una noche el jefe político de Concordia, capitán Boglich, recibió un telegrama del ministro Quintana en que le decía que se trasladase a la plaza sitiada y manifestase a García, a nombre del gobierno, que debía rendirse para evitar mayor efusión de sangre. Yo había logrado intimar con Boglich, y por esa razón, al hablarme del telegrama que había recibido, le pedí que me llevase con él a Santo Tomé. Acedió de buen grado, y a las doce de la noche subimos al tren, no sin que Fernando G. Méndez, director de *El Amigo del Pueblo*, revolucionario impenitente, se colase en el convoy, llevando un gran saco de municiones para García, a fin de que éste se sostuviese en su plaza fuerte. Iba también con nosotros el coronel Anderson, famoso guerrillero de las cuchillas entrerrianas.

El tren marchaba lentamente entre las sombras de la noche. Después que pasamos el Mocoretá y entramos en pleno territorio correntino, cada ruido que se producía me hacía el efecto de un ataque de las tropas revolucionarias, con sus respectivos tiros y degüellos. Había en todo esto un poco de fantasía miedosa, que me ponía la piel de gallina y hacía que me acurrucase en el fondo del coche, aunque tratase de disimularlo con unos chistes que me salían de la boca como sacados con tirabuzón. Finalmente, entre falsos sustos y congojas, llegó el día y el tren se acercó a la estación Clark, de Santo Tomé, donde estaban acampadas las tropas revolucionarias.

Había allí un acre olor a campamento indígena. Aquella gente, apelmazada, amontonada, que no se lavaba nunca, que transpiraba copiosamente bajo los terribles soles de Corrientes, que caminaba sobre la arena caldeada, con ponchos gruesos, con chiripás calientes, tenía el aspecto de una horda en descanso. Había también grupos semidesnudos, hombres apenas cubiertos por un lienzo de arpillera, una camiseta desgarrada, la inevitable vincha azul, y, por toda arma, una larga caña tacuara a la cual se había atado una hoja de la tijera de esquila. Algunos carneaban vacas del vecindario. En un grupo, dos soldados habían degollado una vaca y con una hacha trataban de despostarla. El que manejaba el hacha, erró un golpe y le llevó dos dedos a su ayudante. Este no expresó el menor dolor. Se arrancó los dos dedos que habían quedado colgados de un hilo de piel, diciéndole a su compañero, con toda tranquilidad:



ILUSTRACIÓN DE FORTUNY

DE CÓMO
 UN VICECÓNSUL DE
 SU GRACIOSA MAJESTAD
 BRITÁNICA LA REINA VICTORIA, CREYÓ
 QUE LLOVÍA, CUANDO EFECTIVAMENTE NO ESTABA
 LLOVIENDO.

lidad: «Mi ais cortao, che, amigo», y siguió sobonamente la faena; como si no hubiera pasado nada.

Boglich se entrevistó con los jefes revolucionarios. Estos se enteraron de que la plaza debía capitular y resolvieron que, antes de que tal cosa sucediera, era necesario darles un susto a los *guapos* que no habían querido rendirse. En efecto: organizaron una arremetida de caballería contra la población. En menos de una hora el ataque simulado se llevó a cabo. Aquello era un horror: más de dos mil correntinos, montados en caballos en pelo, semidesnudos, con la lanza en ristre, las ralas barbas hirsutas, flotando al viento; la vincha tradicional en la frente, golpeándose la boca y lanzando desaforados gritos indígenas, emprendieron una furiosa carrera hacia la población, en semicírculo, como para abarcar todo el caserío. Era una avalancha, un torrente, un torbellino. La gente del poblado, al oír los gritos, se echó a las calles pidiendo misericordia, en la angustia de una muerte inevitable, envuelta en la nube de polvo brillante que levantaban las cabalgaduras.

Fué un minuto de espanto indescriptible. Por fortuna aquellos bárbaros tenían orden de detenerse al llegar al pueblo. Sofrenaron de golpe los dos mil jinetes, y el espanto pasó como un soplo, malo, como una pesadilla negra, y un gran suspiro de alivio, alumbrado por aquel sol de fuego, puso fin a la visión pavorosa y horrible.

La plaza se rindió dos horas después. El jefe político García capituló con todos los honores de la guerra, es decir, conservando la espada. Como yo era de los más *leídos*, me tocó redactar el acta de la capitulación, de la que resultaban todos unos héroes invictos. En seguida me fui al telégrafo a dar cuenta a mi diario de todo lo ocurrido. A la vuelta tuve un pequeño percance. El telé-

POR PABLO DELLA COSTA

grafo estaba fuera del poblado, entre cercos de pitas y de tunas. No pasaba un alma por allí. De súbito vi que desembocaban por una esquina tres milicos con fachas patibularias, armados de bayonetas, y que avanzaban resueltamente hacia mí. Cuando estuvieron a unos diez pasos de distancia, uno de ellos me gritó:

—¡Qué linda ropita negra tenés, che, amigo!... ¡Me la vasa dar, pues!... Y siguió avanzando con cara de pocos «che, amigo».

Saqué el revólver que llevaba, hice fuego y... di vuelta por la esquina opuesta, en busca de otro camino, con paso bastante acelerado. Cuando volví la cara me di cuenta de que mis «che, amigo», no me seguían, y esto era precisamente lo que yo necesitaba. Media hora después, Boglich volvía a meterme en el tren de regreso a Concordia.

Cuando bajamos en la estación, nos encontramos con Payró y con el administrador general del ferrocarril, mister Budge, un británico, que

era el más perfecto *gentleman* que he conocido en mi vida. El inglés nos manifestó que era necesario festejar la terminación de la guerra, pues la revolución le había interrumpido el tráfico de los trenes durante veinte días. En tal consecuencia, y vuelto todo a la normalidad, nos invitaba a comer. Boglich declinó la gentil invitación, pero Payró y yo aceptamos con todo entusiasmo. A las nueve de la noche nos pusimos a la mesa, y era la una de la mañana cuando todavía la charlábamos en grande. Parece que el inglés y Payró tenían cuerda para muchas horas todavía. Yo estaba cansado y dije que me iba a dormir al hotel.

—Ni usted se va, dijo mister Budge, ni usted tampoco, agregó señalando a Payró. Yo tengo tres buenas camas; es tarde; no deben ir a pie hasta el hotel... entonces, ustedes duermen aquí...

Aceptamos. Una hora después, en un salón enorme donde había tres camas blanquísimas, con sus vaporosos mosquiteros, entregamos nuestros cuerpos a las blanduras de los colchones. Las cuatro ventanas del salón estaban abiertas de par en par, y por ellas entraba un fresco delicioso y perfumado. El bosque de eucaliptos que rodeaba la estación se movía suavemente a impulsos de una leve brisa nocturna, produciendo como el rumor de una cascada intermitente, que incitaba a dormir. Acostados los tres, y después de un corto silencio, mister Budge se movió en la cama.

—Mister Payró, dijo; mi parece qui llueve...

—No, dijo Payró; no llueve...

—A mí mi parece qui llueve... Sí... mi parece qui llueve...

—Se engaña, mister Budge; no está lloviendo...

—Yo apuesto mi sueldo de un año como vicecónsul de Su Graciosa Majestad Británica la Reina Victoria, que importa una libra esterlina, a que está lloviendo...

—Apuesto, dijo Payró. Y ahora, a dormir...

La sobremesa había sido excesivamente larga; mister Budge había llegado con cierta dificultad hasta la cama; tal vez el rumor de las ramas de los eucaliptos le había hecho la impresión del ruido de la lluvia. Al día siguiente, cuando nos levantamos, alto el sol, mister Budge se acercó a la ventana; miró la tierra seca y el cielo límpido, y volviéndose a Payró le entregó una libra esterlina.

—Mister Payró, le dijo, usted ha ganado; anoche no llovía, y, sin embargo, a mí me parecía que estaba *patentemente* lloviendo...



El niño de la manzana

Obra de
FERNANDO
ALVAREZ
SOTOMAYOR



PROPIEDAD
DON JOSE
MARIA
MENDEZ

NARRACIONES COLONIALES

Vida aventurera fué la del sevellano Antonio Díaz de Rojas. De rapaz arribó a Buenos Aires, y aquí, donde soñara ser héroe de altos hechos y presto a allegar riquezas, para retornar a España como fahendoso perulero, hubo, para manducar, de agachar cabeza a los más bajos menesteres, entrando como *paje de escoba* al servicio del señor gobernador. Mal avenido con tan ruin empleo, tomó las de Villadiego, haciendo fuga de la ciudad. Hizo entonces en los poblados de la campaña, vida al día y a la diablo, siempre a salto de mata, huyendo de las requisas de los alcaldes de Hermandad. Fué gañán en una dehesa, vaquero en una estancia, escudero de un hidalgo pelón, arriero en una recua trajinera y ayudante del maestro de postas del Saladillo. Y en tantas andanzas y tanto probar fortuna, mostróle siempre la suerte cara de hereje, hasta que un día, para colmo de males, de comedido se allegó a una tropa, que con licencia de vaquear a hacer cuarambre partía, y apenas empezaba la faena cayó sobre ellos de estampía y en son de guerra, un gran golpe de indios pampas, quedando de los expedicionarios, los más muertos y, los que restaban vivos prisioneros; entre éstos, Díaz de Rojas. Su desparpajo, sus picardías y el bien saber tañer la guitarra le favorecieron en su cautiverio, que tomaronle los indios grande afición y muchos aflojaron los rigores con que trataban a los cristianos. Tres años permaneció en la tribu, al cabo de los cuales lo ferieron al cacique de los Puhénches, en trueque de una tropilla de yeguas. Cobróle el cacique mucho afecto, a extremo tal que, a punto de finar, hízolo reconocer como sucesor suyo en el mando. En verdad, hay que hacer constar que, respecto a este cacicazgo no hay mayor constancia que la propia aseveración de Rojas, y no hay que echar en saco roto que el hombre era andaluz.

En la vida errante de la tribu, hízose baqueano de las rutas de la pampa y se impuso de las leyendas que circulaban en las toldeñas, entre ellas la muy conocida de la existencia de la Ciudad de los Césares y su exacto emplazamiento. Al cabo de varios años dióle una albadada el corazón, recordándole que era cristiano, y las añoranzas de sus años juveniles decidieronle a retornar con los suyos. Aprovechando una oportunidad, abandonó la indiada, escapando a una de caballo, llegando tras hartos peligros a Mendoza, de donde se trasladó a Buenos Aires.

Como arcaduz de noria, que lleno sube y vacío torna, fué el vivir de Díaz de Rojas, en su estada en Buenos Aires. Jugador empedernido, ora la suerte le hacía un guiño favorable, ora le volvía adusta las espaldas. Así, tan pronto repleta de doblones tenía la escarcela, como se voicaba el cangilón, quedando más vacío que mula de arria en viaje de retorno. Grande amistad en esos tiempos ligó con el hidalgo cordobés, don Juan Ladrón de Guevara, que tan íntima fué, que andaban uno y otros como la sogá tras el caldero, y como él tan maltratado de la fortuna, que se ligaron en ellos, el hambre y las ganas de comer. Devanábanse ambos el magín buscando el modo de echar un clavo a la rueda de la fortuna, deteniendo su rodar en su favor, pero remedio no hallaban, siendo su caso apretado y urgente, pues cada día iban de mal en peor y mayor era su laceria; todo les salía en contra suya, que siempre cae la albarda sobre la matadura.

Al fin recordando un día Díaz de Rojas sus correrías por las pampas y las tradiciones allí aprendidas, vínole en pensamiento la existencia de la tan mentada Ciudad de los Césares e incontinenti resolvieron emprender, en amistosa aparcería, expedición para ir en su busca, de cuyos tesoros bien pensaban ellos apañar una parte y hacer partija.

La imaginación exaltada de los conquistadores de América, el miraje de fabulosas riquezas y las narraciones confusas de los indios, dieron origen a las leyendas de maravillosas comarcas y ciudades, donde el oro, metal tan codiciado, era allí con tanto desprecio mirado. Eldorado famoso, Jauja paradisíaca, Trapalanda misteriosa y la Ciudad encantada o de los Césares, sin mentar los quiméricos Reino de la Gran Quivira e Imperio del Paytiti, tuvieron realidad durante dos siglos, en la ardiente fantasía de los buscadores de riquezas. El oro, de que los compañeros de Pizarro hicieron grande arrebatina en el Perú, las riquezas del Templo del Sol en el Cuzco, los yacimientos de ricos minerales, las huacas repletas de tesoros y el famoso Cerro de plata del Potosí, eran realidades que enardecían los espíritus am-

biciosos que el afán del lucro acuciaba, y como cimbel de oro atraían la credulidad y codicia de los aventureros, que, a falta de verdades, forjaban patrañas, dando vida a fabulosas ciudades. Entre ellas ninguna más famosa y de existencia más atestiguada que la de los Césares, ubicada en los valles de la Cordillera Nevada.

Variados orígenes le fueron atribuidos. Unos, como el P. Lozano, daban por cierto que fuera fundada por españoles que naufragaran en el Estrecho de Magallanes; otros suponían serlo por cristianos huidos de la ciudad de Osornio, cuando su destrucción en el sangriento levantamiento de los araucanos; no faltando quien, remontando a más lejanos tiempos, la relacionara con la expedición del capitán César, que Gaboto mandara a las tierras del Sur.

En lo que están de acuerdo los narradores, sin discrepancia alguna, es la estupenda descripción de la ciudad; su edificación portentosa, la gallardía de sus moradores, blancos y de cristiana religión, y en el boato de sus moradas, de mobiliario tan rico, que desde los asientos hasta el más modesto utensilio eran de oro. Lenguas se hacen de la lujurante vegetación de sus aldeaños, de las minas de diamantes, de los cerros que la circundan y de la dulzura del clima, tan templado, que desconocidas son allí las enfermedades, pues sólo finan de vejez sus habitantes.

Y no hay que pensar que tan extraordinarias descripciones y el derrotero detallado para encontrar la encantada ciudad, relatos sean de gente vulgar, de suyo novelera y amiga de fábulas y patrañas, o de oscuros cronistas; no, todos son muy minuciosos, atestiguados y asegurados por doctos historiadores, graves funcionarios, verídicos frailes; personas todas

amigas de la verdad y no de burlas, ni de engaños.

Dejando de lado, por inverosímiles y no creíbles, los relatos que hicieron las huestes de Diego de Rojas, de una fantástica ciudad que toparon en su errante andar, después de perder a su caudillo, que enherbolada flecha dejara sin vida; desechando también los de Francisco de Aguirre, cabeza enardecida y dada a quimeras; y por no comprobadas las expediciones de Gonzalo de Abreu y de Jerónimo Luis de Cabrera, el fundador de Córdoba la Llana; que en resumen todos describen una fantástica ciudad, edificada con valiosos mármoles, con sus templos de cúpulas de oro y puertas de laborado bronce y rodeada por un río de fuego, que a ella aproximarse no permite; narraciones que más patrañas que verdad son, fruto de cabezas alocadas por los recios soles y fiebres; espejismos de días calaginosos, que aventaba como un pantallazo la brisa del atardecer; no tomando en cuenta estas narraciones, veamos las de sesudos y verídicos escritores y viajeros.

El P. Mascordi, en 1673, se ocupa con mucho detalle de la Ciudad de los Césares: el capitán don Juan de Mayorga, en su entrada al castigo de los indios, llega en 1711 a las cercanías de la ciudad; en 1716 eleva Díaz de Rojas a S. M. el derrotero para a ella arribar. Citar se debe la carta que, en 1720, dirigió a los Césares, pobladores de la ciudad de ese nombre, el presidente de la Real

Audiencia de Chile, por mandato de S. M. Felipe V, de la que fué portador un cacique Puelche, de quien nunca más hubo nuevas. En el año 1746 el P. jesuita Cardiel se dirige al gobernador de Buenos Aires, exponiendo el proyecto de una expedición en busca de la discutida ciudad. No

LA CIUDAD ENCANTADA

hay que olvidar la declaración tomada en Chile en 1759, por orden del gobernador Amat, el que después fué virrey del Perú, a un indio prisionero que atestigua la existencia de los ocultos césares españoles. El padre Falkner, en su conocida descripción de la Patagonia, nos da el derrotero que conduce a la ciudad. En 1774 el capitán Ignacio Pinuer, que la llama Ciudad de Osornio, la describe con minucia, terminando su relación diciéndole: «me sujeto a la pena que me quieran imponer en caso de no ser cierta la existencia de españoles en el lugar que nomino».

Don Agustín de Jáuregui, presidente de la Audiencia de Chile, dirige en 1771 al virrey del Perú una extensa exposición sobre la busca de la Ciudad de los Césares; en 1777 se organiza y parte una expedición que, según detalla su jefe, llega tan cerca de ella, que percibir pudieron los disparos de artillería de la plaza. Curiosa es por extremo la descripción de la expedición de Orezuela en 1781 pues detalla desde las murallas que circundan la ciudad, sus fosos y puente levadizo, hasta las herramientas que asegura ser todas de oro.

Es de mencionar también la información que, por orden del gobernador don Ambrosio de O'Higgins, levantó el capitán de dragones Villagrán en 1781, y, por último, el extenso y convincente informe que sobre la mentada ciudad elevó el fiscal de Chile en 1782, enunciando a la par las medidas a tomar para descubrirla; escrito tan detallado y convincente que al más dudoso de creer quita toda duda.

Volvamos a nuestra narración. En el largo memorial presentado por Díaz de Rojas al monarca en 1716, hace detallada relación del derrotero que a la ciudad de los Césares conduce, y que verdadera debe ser, pues termina diciendo: «protesto que he visto, andado y tocado todo lo que va referido».

Desde Buenos Aires, dice, se irá a la sierra del Tandil, de allí en adelante están los indios pampas; desde dicha sierra al sudoeste al Cerro del Volcán; de este paraje, caminando al poniente, se encuentra la sierra de Guamin y una gran laguna del mismo nombre, y siguiéndose una travesía de treinta leguas, sin agua ni pastos, pasada la cual se encuentra el Río de las Barrancas y luego el Río Tumuya a unas cincuenta leguas, y después de treinta más se descubre un cerro grande, «muy rico en metales de oro», y otro chico «que es de cristal muy fino». De ahí, a cosa de cinco leguas, se encuentra el Río Diamantino, que nace de un cerro negro «donde hay muchos diamantes». De este punto a la Cordillera Nevada, se pasa el territorio de los indios Pehuenches; siguiendo hasta el Río Oro, «que es criadero de este metal», pues nace de unos cerros «muy ricos y pasados de oro»; después se encuentra el Río del Azufre, que contiene mucho «por nacer de la raíz de un volcán». Y por último se llega a un valle y un río muy grande, donde habitan los indios césares «tan agigantados que por lo crecidos no pueden ir a caballo».

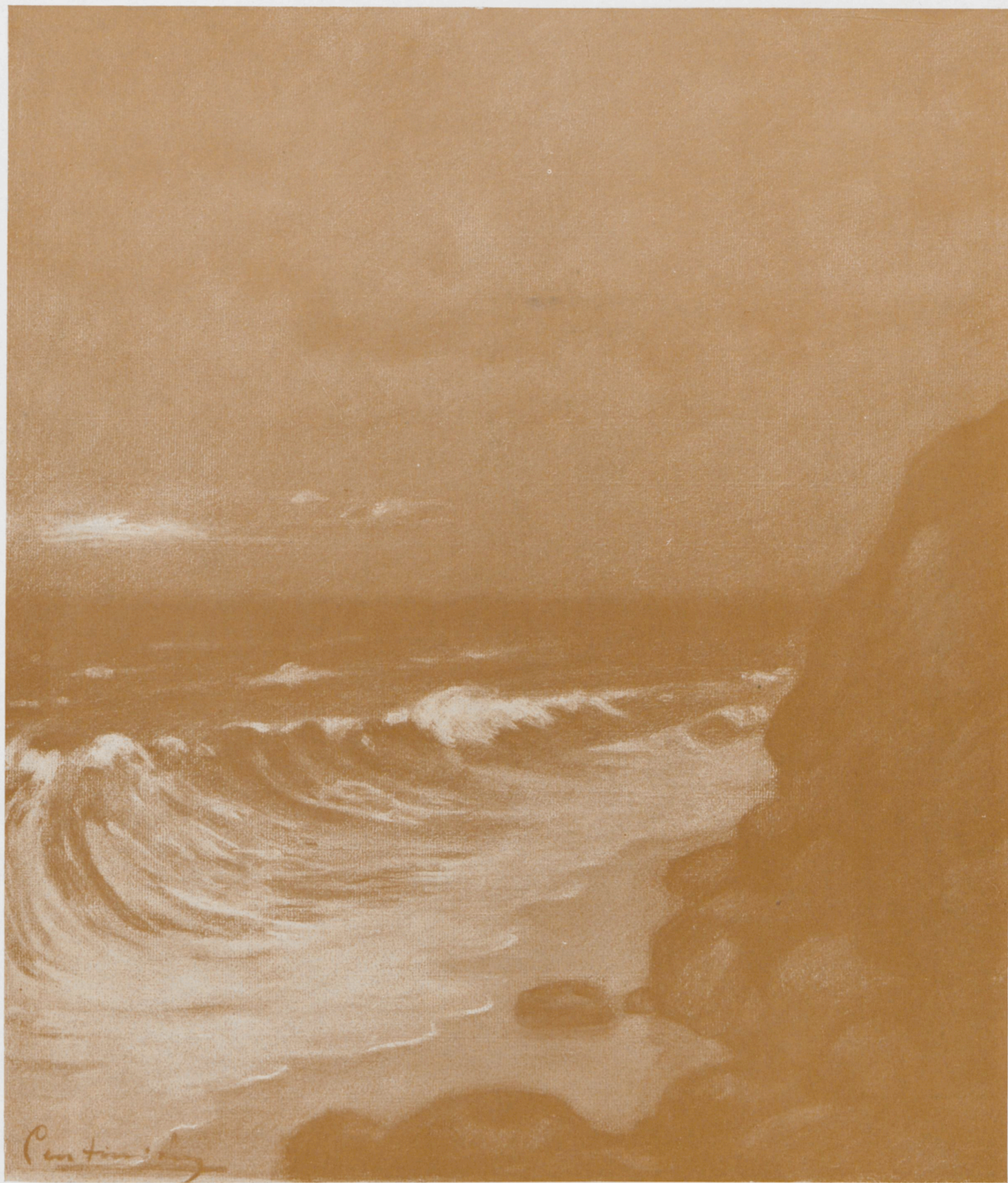
De la ciudad, hace Rojas la siguiente descripción: «está situada en la otra parte del Río Grande, fabricada en cuadro como está Buenos Aires y con hermosos edificios de templos y casas de piedra trabajada». Es el mejor temperamento, continúa, de toda América, pues parece otro paraíso terrenal. De los minerales de oro y plata y de «piedra imán muy fina», que menciona y «que es cosa de admirar», es mejor no hablar, que fuera atentar al más indiferente a los terrenales bienes y sacar de sus casillas a algún ambicioso aventurero.

Si arribó o no arribó Díaz Rojas hasta la Ciudad Encantada, nada dice el memorial, ni nada de verdad se sabe; mas si ello logró, poco medro sacó de su largo y peligroso viaje, pues la postrera y verídica noticia que de él se encuentra, es que finó en Cádiz, en el Hospital San Juan de Dios, en la mayor pobreza, lo que demuestra la grande veracidad de la popular frase: «el que nace para ochavo, nunca llega a cuarto».

Aun por encontrar está la Ciudad Encantada. No faltan hogño argonautas audaces, gente azarosa, aventureros de mucha braga, siempre prestos a la conquista del vellocino de oro. A ellos la tentadora empresa, que muchas riquezas hay allí que apañar. El riesgo es poco y el derrotero detallado; si el camino es fatigoso y las jornadas muchas, no hay que olvidar que «no hay medro sin costa» y bien merece arriesgar la aventura la granjería que puede reportar.



TEXTO DE
B. MALLOL
ILUSTRACION
DE FORTVNY.



I

El mar es de oro cuando el sol enciende
el ópalo rojizo de la aurora,
y en la calma propicia de la hora
a ras del agua, levemente, asciende.

II

El mar es verde, como si estuviera
henchido de infinitas esperanzas,
cuando bajo la luz, sus olas mansas
van rodando en cadencia a la ribera.

III

Azul al reflejar el firmamento,
opaco entre el sudario de sus brumas
y blanco, mientras férvido de espumas
rompe sus crestas, que desfloca el viento.

PALETA MARINA

MATIAS G. SANCHEZ SORONDO

ILUSTRACIÓN DE CENTURIÓN.

IV

El mar es gris cuando las nubes lerdas
encapotan el cielo rebajado
y allá en las barcas, el sudeste helado
las velas hincha y silba entre las cuerdas.

V

El mar es tornasol cuando el reflejo
de la tarde estival que vive apenas,
tiñe, las aguas vastas y serenas
de púrpura, topacio y rosa viejo.

VI

El mar es negro, a ratos ceniciento
en la penumbra de las noches claras
si las ondas pacíficas y avaras,
murmuran su canción, como un lamento.

VII

Y también es el mar de plata bruna
que titila al brillar su faz pulida,
si entre las sombras, le abre blanca herida
un fulgor melancólico de luna.

VIII

Y este mar de policromo derroche,
como la vida, tiene su espejismo;
ciérnese la ilusión sobre el abismo
y cae, en la tiniebla de la noche.



Los últimos
modelos

LARO

¿se visten o
se desnudan?

La Basílica

de San Francisco



UB annulo Pis-
catoris ha pre-
miado S. S.
Benedicto XV
los méritos de

nuestro más antiguo templo, conce-
diéndole el privilegio de basílica. Desde
el feliz instante en que el Pontífice ex-
pidió el oportuno Breve, la histórica
iglesia de San Francisco convirtiéndose en
basilike, es decir, *regia*.

Ha luengos años que la piadosa in-
stitución reinaba en los corazones fie-
les y agradecidos al virtuoso beneficio
de aquella comunidad. Los fastos de la
Iglesia americana reservan preeminente

Vista interior de la
Basílica, tomada desde
el lado de la Epístola.



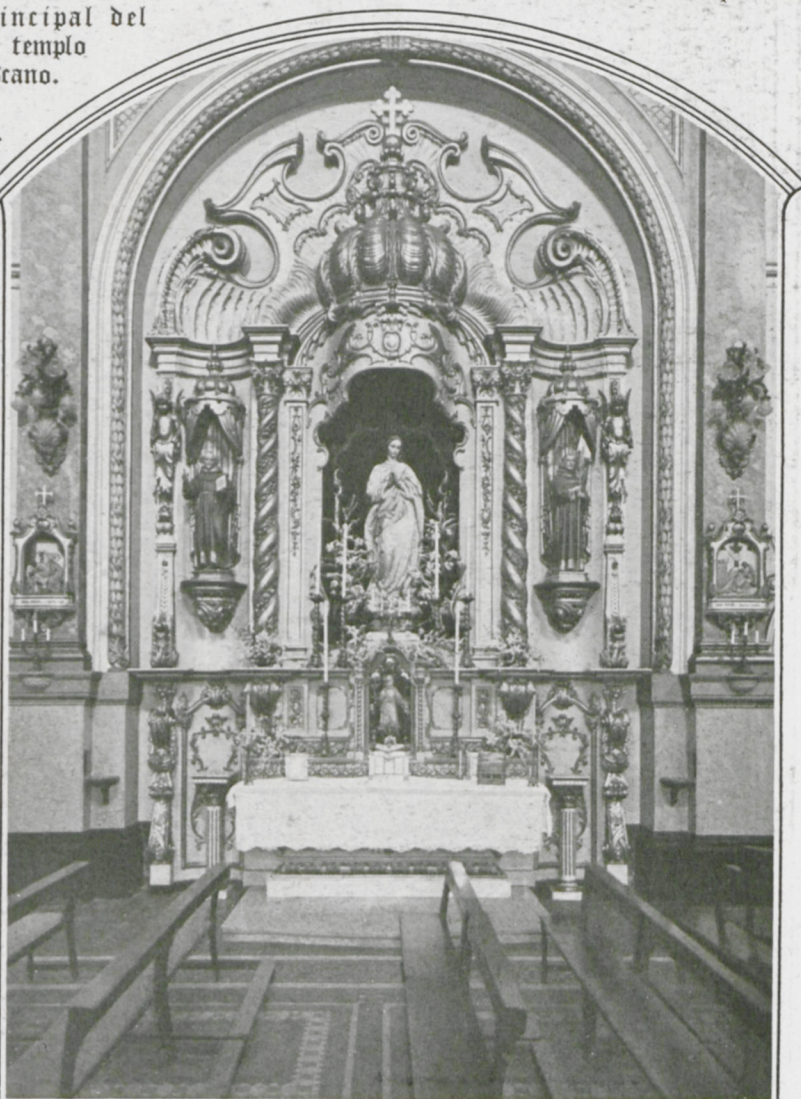
lugar a los franciscanos del convento
porteño, cuyo establecimiento remonta a
la misma fundación de Buenos Aires por
Garay, en 1580.

Todavía continúa enclavado sobre la
manzana 132 que le fué señalada en
el primitivo reparto de solares. Desde
entonces el convento e iglesia de San
Francisco siguieron las vicisitudes de
la ciudad.

Conocidas y alabadas son las virtudes
que adornan a la benemérita orden.
Aquí, en el recinto de aquella villa em-
brionaria que la naturaleza y los abori-
genes combatían por igual, los padres
franciscanos compartieron todos los

El altar de la Inmacu-
lada, cuya imagen fué
coronada el año pasado.

Fachada principal del
histórico templo
franciscano.





El patio del convento y el reloj de sol construido por el P. Alegre.



riesgos, suavizaron el espíritu batallador y vengativo, ganando corazones para el catolicismo y para la piedad humanitaria.

Lentamente, con ejemplar perseverancia, los discípulos de Asís construían su convento y la capilla prístina donde un santo dos veces nuestro, San Francisco Solano, fué su primer cura, según tradición popular que tiene toda la fuerza del *vox pópuli*.

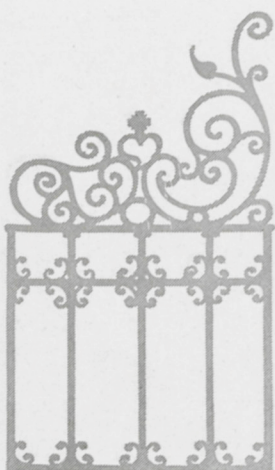
Don Fernando Zárate concedió a los frailes en 1594 otro pedazo de tierra. Hacía cinco años que el padre Francisco Romano comenzara la tarea de poner tapias al convento.

En 1604 abrióse al culto la nueva iglesia de San Francisco, que substituyó a la modesta capilla, y en 1754 alzábase el templo con mayores proporciones. Las obras de restauración que hicieron de él la iglesia de ahora, lleváronse a cabo bajo el virrey Liniers, dirigidas por don Francisco Cañete.

Los franciscanos durante la pasada y la actual centuria no han abandonado el hermoseamiento de esta iglesia legendaria.

La flamante basílica posee joyas de inestimable valor histórico y artístico. Una de ellas es el altar





portátil que San Francisco Solano llevó consigo durante sus arriesgadas expediciones misioneras. Bajo el dosel del ombú, en los claros del monte, al margen de los ríos, el santo varón celebraba el incruento sacrificio llevando la gracia a las almas sencillas.

El púlpito, antiquísimo también, resulta una obra modelo del estilo barroco. El altar y la imagen de la Inmaculada, la sillería, el facistol, donde se abren auténticos y raros libros de coro primorosamente escritos y miniados a mano, resultan asimismo hermosas muestras del amor que los reverendos pusieron en la obra fuerte y delicada.

La erección de este templo en basílica viene a darle mayores impulsos, premiando sus esclarecidos méritos.

Durante las fiestas de conmemoración, celebradas el pasado octubre, los fieles acudieron llenos de regocijo, demostrando el cariño que la comunidad supo ganarse merced a su conducta evangélica.

Entre los privilegios que el nuevo título le concede se encuentra el uso del *conópium*, conopeo o pabellón y el del *tintinnabúllum*, objetos de culto reservados a las basílicas.



Detalle de uno de los claustros del benemérito convento.

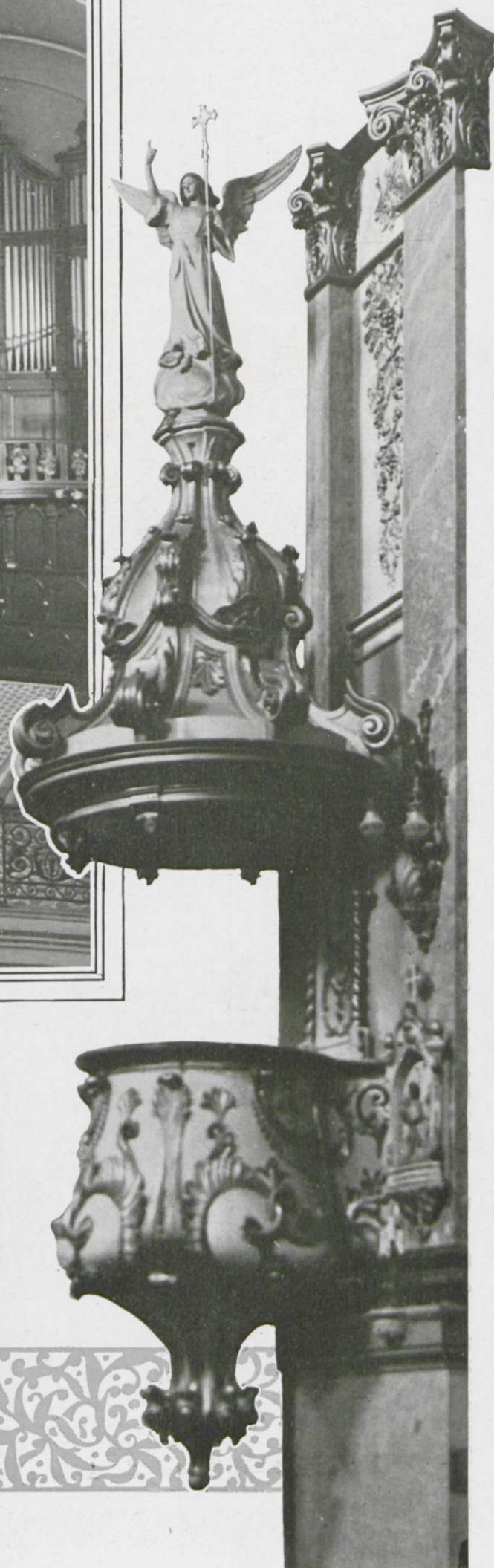
Púlpito de es-
tilo barroco.



Vista del órgano y la sillería del coro, con
el facistol antiguo, de madera de jacarandá.



El altar portátil que usa-
ba San Francisco Solano





MARIPOSAS EL SOPLO

Mariposas blancas, blancas mariposas...
La brisa, en sus alas, aturdida vuela,
Como si pasara deshojando rosas.

En su cuento de hadas las toma por vela
El fugaz esquife de nuestra alegría,
Y en sus papelitos, con loca ufanía,
Flota el abolido deber de la escuela.

LA GRACIA

Ríe la niña con desgaire ameno;
Y si en su boca es flor, gemela fruta
La púnica granada es en su seno.

El beso, al poseerla, se transmuta
En mariposa, que a la flor prendida,
En su átomo de miel goza una vida
Inefable, perfecta y absoluta.

LA LECCIÓN

Lindas mariposas, frívolas doncellas,
Que el librito fútil abriendo y cerrando,
Huyen del chiquillo, baladí como ellas.

¡Adueñarse de una, que se escapa cuando
Más puro el contento la vida dilata!
Soplarse los dedos untados de plata,
Y un ojo en las nubes, quedarse pensando...

EL VUELO

Volar, volar, volar, volar,
Subir, subir, subir, subir,
Partir, volver, caer, bajar,
Flotar, posar, ir y venir,
Besar un trébol al salir
Y una anémona al regresar.
Arder, vivir, ceder, amar,
Dándose un ósculo al pasar...
Libar al lirio su elixir,
Abanicarse y presumir,
Y mecida al lento blandir
Del alambre del aire andar.
Ser un reflejo de zafir
En un lampo de oro solar,
Fingir el nácar por brillar,
Y hecha una flámula morir.
Subir, subir, subir, subir,
Volar, volar, volar, volar...

LA HERMOSURA

Flota el cielo en una profunda armonía,
Y al aire que suelta su lánguido tul,
Ancha como un pámpano en la luz del día,
Con claro relámpago o llama sombría,
Vaga la gloriosa mariposa azul.

MARIPOSA NEGRA

Como en visión de trágico delirio,
La mano negra de la mala suerte
Estampa al muro; y en su mancha inerte,
Se delinea el tenebroso lirio
Del amor, más profundo que la muerte.

LEOPOLDO LUGONES

FIRMAS

BRASILEÑAS



VNA CRIATURRA A QUIEN .. NUNCA LE .. FALTÓ NADA.

— ¡Oh, mi querido doctor Práxedes! Dichosos los ojos que le ven. ¿Usted por aquí también?

— He venido a consolar a nuestro digno y desdichado amigo Antonio de Alburquerque. Compréndame. A pesar de la situación irregular y del pasado de la finada, Antonio es un funcionario tan honrado y ha sufrido tanto, que he creído deber rendirle este homenaje.

— Hace muy bien. El señor doctor Práxedes sabe lo que hace.

— Procuro estar por encima de los prejuicios y quiero mucho a Antonio, aunque no frecuentase su casa. Compréndame. Jamás hubiera podido decir a mi esposa el género de vida de mi desgraciado amigo.

— ¿Y no le acompaña al entierro?

— Desgraciadamente no tengo coche.

— Si es por eso, le ofrezco un sitio en mi automóvil. Somos tan pocos, que Antonio se lo agradecerá. Yo también voy por eso. Su compañía de usted me honrará.

— Muchas gracias. ¿Qué hora es?

— Las tres. Ya, doctor Práxedes, no volverá a su oficina y, concluido el entierro, le podría llevar a su casa. En automóvil los entierros son rápidos.

— ¡Ceremonia bien dolorosa!

— Todos concluiremos así. Venga, caro doctor.

— Hombre, acepto. No; con permiso de usted, me sentaré a su izquierda.

— De ningún modo.

— Señor Argemiro Leitao, el coche fúnebre se pone en movimiento. Mi resolución es inquebrantable.

— No le quiero contrariar.

El automóvil partió. Un sórdido grupo de vecinos curiosos contemplaba la lúgubre partida de aquel entierro de tercera clase. El sol de verano ponía en las fachadas y el pavimento de la calle un fulgor que cegaba. Durante algunos instantes, dentro del automóvil, que saltaba, los dos caballeros no pronunciaron una sola palabra. Al llegar al asfalto el vehículo, el respetable doctor Práxedes exclamó, aliviado:

— ¡Qué pavimentación!

— Es que estamos en el centro de la ciudad...

— También los alquileres por aquí deben ser muy elevados.

— Lo son.

— Yo nunca he vivido en el centro. Quiero aire puro. Mi señora sufre de asma.

— ¡Ah!

Se produjo un silencio. El doctor Práxedes permanecía solemne y grave. Argemiro Leitao miraba a la calle. De repente, entre importante y curioso, con la sonrisa de quien disculpa los yerros de la humanidad, el primero indagó:

— ¿El señor era íntimo de la casa?

— Desde hace mucho tiempo.

— Entonces conoció a la pobre extraviada que vamos a enterrar.

— La conocí.

— ¿Qué tal era? ¿Murió joven todavía?

— A los treinta y dos años.

— Esas infelices siempre mueren pronto. Y menos mal cuando les sucede lo que a ésta; murió sin que nada le faltase...

Argemiro Leitao volvió a oír las últimas palabras.

— Doctor Práxedes, ¿conoce la historia de esa mujer?

— No. Siempre sentí repugnancia de inmiscuirme en la intimidad irregular de mis amigos.

— Yo me vi forzado a ello. ¡Y lo camaradas que fuimos Antonio y yo!

— Es notable su amistad.

— Que durará hasta la muerte del pobre. Le puedo, pues, contar una historia.

— ¿Con referencia a la difunta?

— Su propia historia. Hace doce años Antonio, con treinta y cinco cumplidos, era de una resistencia de acero. En la oficina, viendo su asiduidad en el trabajo, ninguno se imaginaba lo desordenado de la vida que llevaba de noche. No tuvo nunca ni un dolor de cabeza siquiera. En cierta ocasión, por la tarde, me fué a buscar participándome la gran novedad: había conquistado a una muchacha, cosa fina. Rosa, después de cierto tropiezo, había abandonado la casa de sus padres y, protegida por un hombre de edad, vivía aislada, en el mayor recato, con veinte años y hermosa. No fué empresa fácil su conquista. El asedio se prolongó durante varios meses. Hasta que un día Rosa, ya vencida, se mostró dispuesta a seguir a Antonio. Para los hombres hay siempre una providencia.

— ¡Si la hay!

— Quiso la providencia que Antonio, exasperado por la resistencia, loco completamente, llevase a Rosa consigo. Una noche invité a comer en su casa. Escribiendo, por aquel tiempo, su sueldo era modesto. Su casa debía ser muy pobre. Lo era. Rosa, que dejara el palacete de su protector, vivía ahora en aquel lugar como una sirvienta. La primera vez que conversé con ella, pude admirar, además de su belleza, su buen sentido, su bondad y sus conocimientos tan sólidos como discretos. Dada la clase de sociedad que frecuentaba Antonio, no era digno que llevase con él a Rosa. Rosa se quedaba en casa. Pero cuando no se tiene dinero y se depende del gobierno, hay gestos honestos inmorales.

— Mi querido señor Leitao, exagera la paradoja.

— Perdón. Quiero apenas decir que Antonio, por una porción de motivos, no pensaba en casarse.

— Tanto más cuanto que debía estar sobre aviso. La que hace un cesto hace ciento.

— Exactamente. Rosa permaneció en casa. Divertíase en coser para ella y para Antonio. Cuando faltaba la criada, ocupábase ella del servicio de la casa. Era el matrimonio. Si usted permite a un recalcitrante celibatario la expresión: era el atroz matrimonio en toda su aflictiva vulgaridad. Antonio gozaba de los afectuosos cuidados del hogar y de las diversiones del soltero fuera de su casa. Llegaba tarde, olvidábase de Rosa, y cuando advertía la injusticia de su conducta, decía, convencido: «No le falta nada.» A quien nada pide ni nada reclama, jamás le falta nada. El comentario a la existencia que llevaba Rosa no podía ser otro. Hasta ahora mismo, señor doctor Práxedes, decía que no le faltó nada.

— Con su socialismo femenino, el señor Leitao envenena las bases de la sociedad.

— Rosa no era, como supone usted, socialista. Estaba contenta de aquel estado de miseria irregular, de aparecer culpable sin culpa y sin derecho a quejarse. Era como un perpetuo susto. Finalmente un hermoso día, nuestro Antonio enfermó. Consultó a varios médicos quejándose de dispepsia, de neurastenia. Los médicos le mandaron a Caxambu y allí una ducha escocesa le dejó hemipléjico. Fuimos a recibirle en la estación y le encontramos en el mismo estado que se hallaba hoy, mucho peor: el brazo pendiente, la lengua torpe, arrastrando la pierna y con los ojos llenos de terror y de odio impotente.

— Efectivamente, desde hace diez años Antonio está así...

— Gracias a la bondad de usted, consiguió ser oficial primero, sin trabajar.

— No hable de eso. ¡Nos daba tanta pena!

— Pero usted debe acordarse del año de licencia que le concedió, y, después, de las peticiones consecutivas acordadas, que le permitieron no asistir a su empleo. Durante ese largo período, vi el más angustioso drama de mi existencia. Los médicos comprobaban una enfermedad horrenda, y, como de costumbre, daban falsas esperanzas, imponiendo dispendiosos tratamientos: electricidad, masajes, drogas, un infierno. Nuestro amigo vivía en constante oscilación de espíritu: desesperanza extrema o certeza de mejoría. Y al acordarse del tiempo en que era fuerte y sano, tenía crisis de lágrimas, se arrojaba al suelo, gritaba, quería matarse. Los pocos amigos que le quedaban desaparecieron. Una vez le encontré debajo de la cama, resistiéndose a los ruegos de Rosa. Era la amenaza de la locura. Teníamos que dominar el nuevo mal, recurriendo a un especialista. Y durante un año, ante un desventurado a quien la desgracia hiciera áspero y duro, yo vi a Rosa sin dormir, livida, multiplicándose, dejándole sólo para ir a casa de los doctores o a la farmacia. Como el doctor Práxedes sabe, yo no dispongo de recursos, y mis relaciones, aunque los tuviesen, no me los facilitarían. Hice lo que podía hacer. El parco mobiliario fué desapareciendo, y vi a Rosa, con el vestido roto, lavando la única camisa para ponérsela por la mañana. No profirió ni una queja. Lloraba silenciosamente por él. Y únicamente a costa de paciencia, de cuidados, consiguió reconfortar el alma destrozada de nuestro Antonio, que sólo a ella tenía en el mundo. Muchas veces meditaba yo en la exquisita alma de la criatura que se resignaba a aquel esfuerzo del que no podía sacar ningún resultado, ni moral, ni práctico, ni sensual.

Antonio estaba condenado a vivir esperando la muerte, como vive. Apenas. A los veintidós años, manteniéndose Rosa en aquella actitud, era una viuda paupérrima y honesta, trabajando para un hijo grande. ¿No le vendría a la memoria el recuerdo de su acaudalado protector? ¿No sentiría correr por las arterias la sangre juvenil? ¿No amaría, no se arrepentiría, no protestaría? La dije en cierta ocasión: «¡Esto va a durar toda la vida!» «¡Desgraciado!», murmuró ella, pensando en Antonio. Y quedé tan mohino, no por él sino por ella, moza y sana, que nunca más la hablé de tal cosa. Era un respeto como el que se tiene por las hermanas de la caridad... Cuando Antonio mejoró de los nervios y volvió a una aparente resignación, su egoísmo tornóse furioso. El quería. Quería sin ver, sin pensar. Y, exigente con la pobre criatura a quien no diera su nombre, llegó a negarle el derecho de sentir lo que todas las mujeres sienten. Su deseo era pasear, andar. Ella no debía ir con él. Pagaban a un hombre de confianza para que le acompañase. Preocupábase de vestir bien. Se contemplaba al espejo. E iba en busca de tratamientos nuevos, consultaba a los curanderos, seguía frecuentando los laboratorios eléctricos. Rosa abrió un taller de costura y preparaba la comida para llevarla a otras casas. Lavaba, planchaba, cosía. Jamás la vi en la calle. No debía tener vestidos sino los de casa, dos blusas y una pollera. Y trabajaba, trabajaba. Su voz tornóse seca. ¡Luchaba contra la suerte! Y después, el esfuerzo terminó por ser mecánico, ya sin sombra de cariño ante el desprecio exigente de nuestro infeliz enfermo. Al despedirme, por cortesía le preguntaba: «Doña Rosa, ¿necesita algo?» Ella respondía: «Se lo agradezco. No necesito nada.» Y cuando él permanecía en casa, sé bien el trabajo que daba. Había que bañarle, vestirle, leerle los diarios, jugar a las cartas con él.

Antonio debía sufrir el mal de no comprender el afecto. Era cruel, sin querer, sin maldad. Ejercía el despotismo tremendo del paralítico. Recuerdo que hace cuatro años, Antonio habíase puesto un traje de franela blanca. Quería ir en automóvil a las regatas. Rosa me dijo en la escalera: «Señor Leitao, haga un sacrificio. Lleve a Antonio en automóvil. Yo no tengo plata. Es domingo. Si no va, se producirá la crisis y se pondrá peor. Y no podrá ir al empleo.» Entonces grité: «Antonio. ¿Dónde está Antonio? Vengo a buscarle para ir a las regatas.» Antonio estaba en medio de su habitación, sonriendo, medio embozado: — «¿Vamos a pie?» — «Vamos en automóvil.» Prorrumpió en una carcajada. Y volviéndose bruscamente serio hacia ella: — «¿Has visto? Aun tengo amigos. Y tengo suerte. Cuando quiero una cosa la consigo.» — «Pero doña Rosa vendrá con nosotros.» — «¡Cómo! Ella no tiene vestidos.» — «Gracias a Dios, señor Leitao, nada me falta. Lo dejaremos para otra vez...»

— ¡Qué triste historia!

— Infelizmente, doctor Práxedes,

el mundo está lleno de historias por el estilo que no aparecen en los diarios. Debo decir que me empecé para pagar las cuatro horas de locomoción. Antonio estaba radiante. En casa, después de comer, narrando lo que había visto, recordando a las personas conocidas que asistieron a la fiesta marítima, y hablando mal de todos, acabó por exigir una brisca. Necesitaba jugar a la brisca de

hierro. También es cierto que no le falta nada...

Soy pobre, doctor Práxedes, y resignado. Mi entendimiento llega a percibir más allá de mi propio yo. Quedé asombrado ante aquellos dos seres: el egoísmo inconsciente de mi amigo tullido, la incapacidad dolorosa de la mujer. El sincero, doliente, inútil, sin fuerzas para defenderse, dependiendo su vida de que aquella oscu-

razón, el hígado. Por último convencí a Rosa de que debía consultar a un médico. «Ella contestóme: «No; es imposible cuidarme. ¿Quién cuidaría a Antonio?» Pero el médico fué y examinó a ambos. Un médico nuevo, un amigo, que no me cobró nada. Al salir, me dijo: «Ella no tiene tres meses de vida, si no puede ir a Suiza. El, acaso muera antes que ella, y, acaso también, puede vivir y morir más tarde de un ataque de uremia...» «¿Pero ella, qué tiene?» «Cansancio del organismo entero, como una especie de tuberculosis muy interesante: la granulada... Imagine usted el pulmón sin cavernas, pero revestido...»

— El doctor Leitao cuenta las cosas con unos pormenores...

— En efecto. Estaba ella, preparando con inmensa dificultad el baño de Antonio, cuando sintió la sangre en la boca y cayó al suelo. Corrí hacia ella. Otro vómito de sangre. Otro. Corrí a la farmacia. En cuanto a Antonio gritaba: «¡Qué es eso! ¡Qué es eso! ¡No me pongas nervioso!»

Al volver con el médico, encontramos a Antonio con un ataque, sin que ella pudiese darle. Estaba muerta.

Pero, llegamos, señor doctor Práxedes: Antonio ha venido al sepelio con dos compañeros de oficina. Vamos a verle. Triste entierro. Siempre son tristes los entierros de los humildes. Ninguno llora. Y las lágrimas son la alegría de la tumba.

— Debemos convencer al pobre Antonio de que no debe ir hasta la sepultura. ¿No le parece? Después de lo que el señor Leitao ha contado...

— Es una idea.

Los dos hombres saltaron del automóvil. En la puerta del cementerio, los cinco vehículos del acompañamiento fúnebre no conseguían animar la desolación luminosa de la plaza. Los camaradas de Antonio de Albuquerque, empleados públicos, vieron saludar al doctor Práxedes cuando bajaban el ataúd del coche. En el suyo, Antonio lloraba, sin fuerzas para descender. Viendo la impotente figura del doctor Práxedes, intentó levantarse.

— ¡Oh, señor! ¡Mi buen amigo! Nunca pensé en ello. Vea qué desgraciado soy. Hasta ella, hasta ella me dejó después de doce años de sacrificios, de sufrimientos. Me he quedado solo. No constituí una familia, no tengo ninguna. En fin, ¡desgraciado! Por lo menos tengo un consuelo. Hasta el último momento hicimos todo lo posible. ¡Nunca le faltó nada!

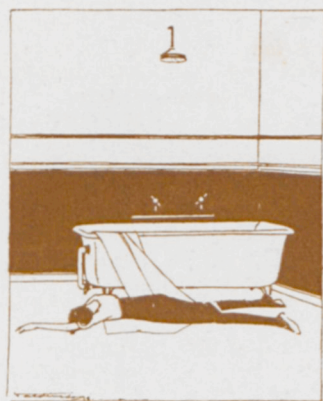
Plus Ultra

o su colaborador

Juan R. Ruiz



tres. Y allí, bajo la lámpara, miré a Rosa. ¿No le ha sucedido mirar a una criatura a quien se ve todos los días? La miré como si no la hubiese visto desde la época en que vivía con su rico protector. La fatalidad no le daba tiempo ni para que la contemplásemos. Estaba flaca, tiznada, con las manos agrietadas, con el cabello blanqueando ya. Y encorvada. «¡Carambal! Doña Rosa, está usted un poco abatida. Creo que le hace falta descansar. Podrían ir a pasar unos días afuera. Les conveniría a los dos.» Antonio estaba ganando. Río. «¡Bah! Yo, todavía, podría ir; pero no puedo dejarla. Es mi contrapeso. Y he de someterme. Además, parece que no ves bien. Rosa está buena, goza de una salud de

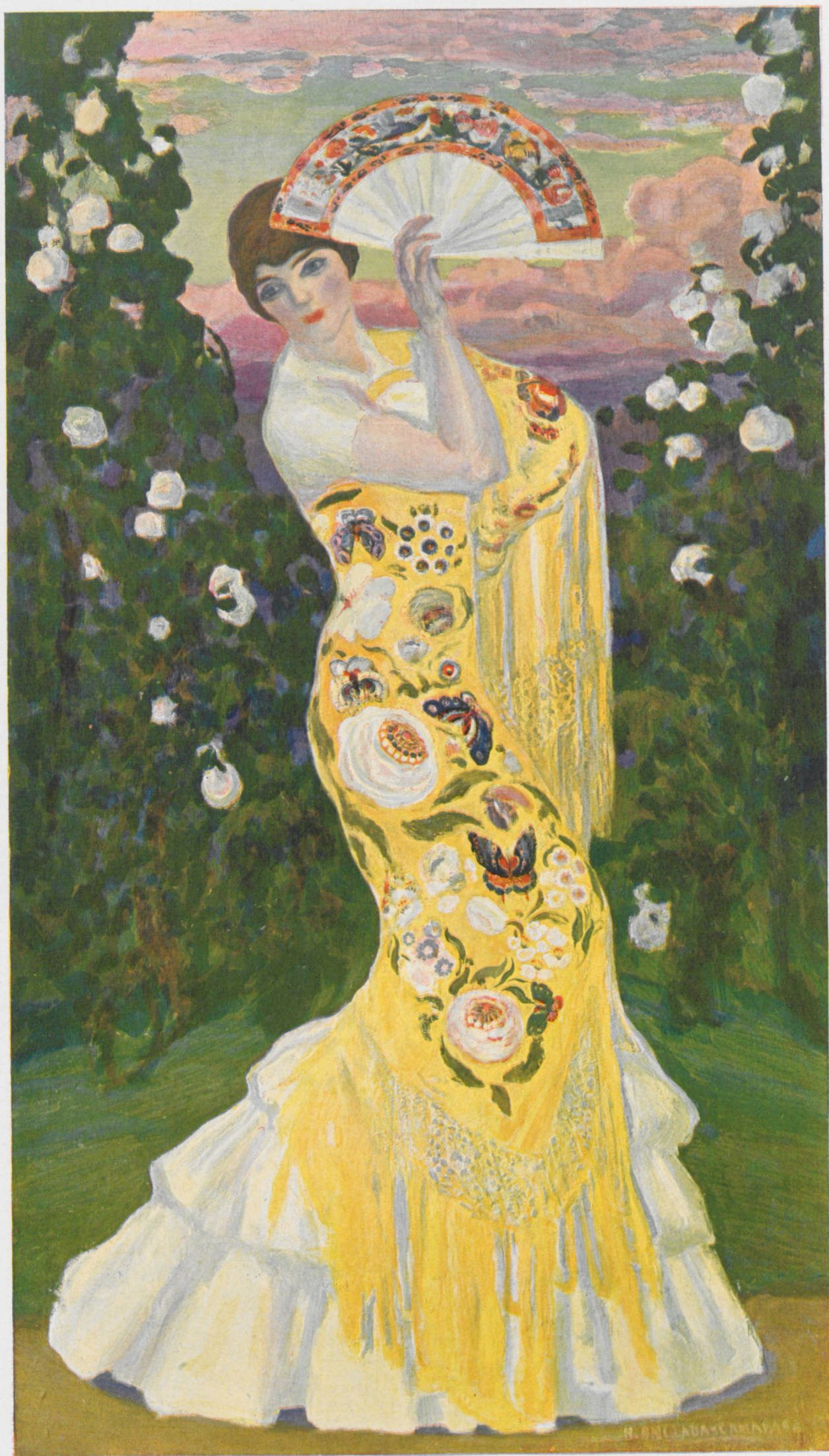


ILUSTRACIONES DE VALDIVIA.

ra figura no le abandonase. Y por eso mismo desesperado... ¿Por qué era así la vida? ¿Por qué? ¿Sentiría ella alguna cosa? ¿Estaría convencida de que no le faltaba nada?

Dejé la casa de Antonio sintiendo escalofríos. Y para volver a ella tuve que revestir el alma de esa fuerza de incompreensión que mantiene a los desventurados en la desventura sin pensarenella.

Así vía Rosa desfallecer, cada vez trabajando más, y vi a nuestro pobre Antonio, sacrificándola, pero sin querer, exigiendo puerilmente cariños de esclava. En cuanto a su dolencia, a la dolencia que concentrara en quince años de vida disipada, se manifestaba en otras partes de su organismo, atacándole los riñones, el co-



La
mujer del
mantón
amarillo

OLEO
B

HERMEN
ANGLADA
CAMARASA



HAY en nuestra lengua pocas canciones infantiles como hay pocas canciones de amor. Se diría que el pueblo que ha dado nacimiento al idioma, no tuvo tiempo, en los azares trágicos de su formación y en las peripecias fabulosas de su gran edad, para preocuparse de las dos cosas suaves: el niño y la mujer. En toda la selva de romances, tan espesa y tan rica, no se ve la imagen del niño, y cuando aparece la mujer es siempre como una viñeta apenas esbozada junto a la figura del guerrero, del héroe trashumante, del señor del lugar, que no deja la lanza de su mano y al hablarla es tan ruda y tan bronca su voz como si saliera a través del férreo ventalle que le cubre el rostro.

Protagonista perpetuo de guerras civiles y de guerras religiosas, su vida entera se va en el afán bélico y en su mismo reposo, al pernoctar en el castillo que le queda de paso o al terminar los días de la vejez en el retiro del señorío apartado, su ocio se entretiene con el recuerdo de las hazañas realizadas o con la evocación de hechos ilustres cuya historia le dió ánimo para la pelea sin fin.

Entonces, oye el relato de los juglares que riman su acción de sangre y de bravura, en la cual está ausente la mujer, o bien se la vislumbra vagamente asomada en la leyenda heroica como detrás de una reja que la oculta.

El español ha pasado su existencia de combate en combate y su ternura se concentraba en sueños demasiado áspers para poder fijarse en los sentimientos elementales y hondos de que vive el idilio.

La madre que advertimos en los romances es a su vez mujer de empresas de guerra:

*Dios te encreciente, mi niño; Dios te deje encrecentar.
que la muerte de tu padre tú la vayas a vengar.*

Los cantos en que el idioma se ablanda al ponerse en contacto con la mujer y se despoja de la fuerza combativa, tienen su origen en las fábulas y burlas de amor, llevados de

Francia a tierras de Castilla por medio de los troveros gallegos:

*De Francia partió la niña,
de Francia la bien guarnida.*

La poesía española, casi totalmente descriptiva, empieza a tener emoción lírica con los poetas académicos, al volverse el romance un género de imitación, bajo la influencia de la cultura italiana. Pero los literatos que pertenecían a los cenáculos eruditos, nunca lograron verdadera boga popular. De ahí también la segura riqueza del cancionero amoroso e infantil, siendo este último de una pobreza tal que sus modelos principales se reducen en realidad a traducciones del francés, como el del *Puente del Avellón*, o este otro, que también cantan los niños de Buenos Aires:

*Un rey vino de Francia
en busca de una mujer.
Se encontró con una niña
que le supo responder.*

O bien este otro, que es el refrán de un juego:

*Me voy a quejar
al gran rey de Borgoña.*

La falta de canciones infantiles ha dado origen a una fantástica floración de coros absurdos que se recogen en nuestras escuelas y se corean con caliginoso entusiasmo. Eso se debe generalmente al conocido mal gusto pedagógico, que es capaz de hacer un elogio del deber con las estrofas de un aire cuyano.

Y esto no es una exageración. La escuela es sensible a las variaciones de la actualidad, y en todas ellas se cantan las canciones que popularizaron los guitarreros de cabaret, pero con las modificaciones indispensables para satisfacer la exigencia moral de los pedagogos. He aquí un ejemplar definitivo:

*Yo canto el cantar eterno,
el canto de mi ilusión,
¡ay sí, ay no!
Trabaja y cumple tu obligación.*

Este pequeño cambio sólo atestigua el cuidadoso pudor que anima al maestro de escuela. En cambio, ese pudor se manifiesta menos riguroso en los coros de los recreos. Al pasar por una escuela no es difícil oír la última tonadilla que silba el frecuentador de bajo teatro. En una escuela céntrica he oído cantar a un grupo de chicos:

*Mi juventud ya declina,
dadme a probar cocaína...*

Este fenómeno es frecuente. Nada define tanto la capacidad de ternura de un pueblo, la delicadeza de su espíritu como las canciones infantiles. Como España, carecemos de esas canciones, con la diferencia de que también carecemos de los romances heroicos. Es que entre nosotros nadie se ocupa de los niños, así como nadie los educa, y es en la escuela donde aprenden a deformar el idioma más admirable del mundo, adulterándolo con palabras del arroyo y con términos corrientes de la mala vida, que se han vuelto una especie de lengua subsidiaria de la mayoría. Muchos maestros rechazan los cantos sencillos e ingenuos dedicados a la muñeca y al caballo de madera, los refranes que comentan los juegos de la plaza, por creerlos poco adecuados al patio escolar. Quieren cantos que exalten el beneficio del trabajo y honren la virtud.

Por eso transforman las tonadas cuyanas agregándoles versos tan recomendables desde el punto de vista de la moral como grotescos desde los demás puntos de vista. Y cuando se descuidan, los chicos entonan la copla espantosa del *cabaret* que han oído al carrero de la esquina o al hermano habituado a romper espejos en el café. Todo eso bajo el mismo techo en que la pedagogía severa del domine no deja abrigo a la canción en que el alma provinciana lamenta un amor sin fortuna.



-PLUS ULTRA-



Srta.
María
Luisa
Ocampo

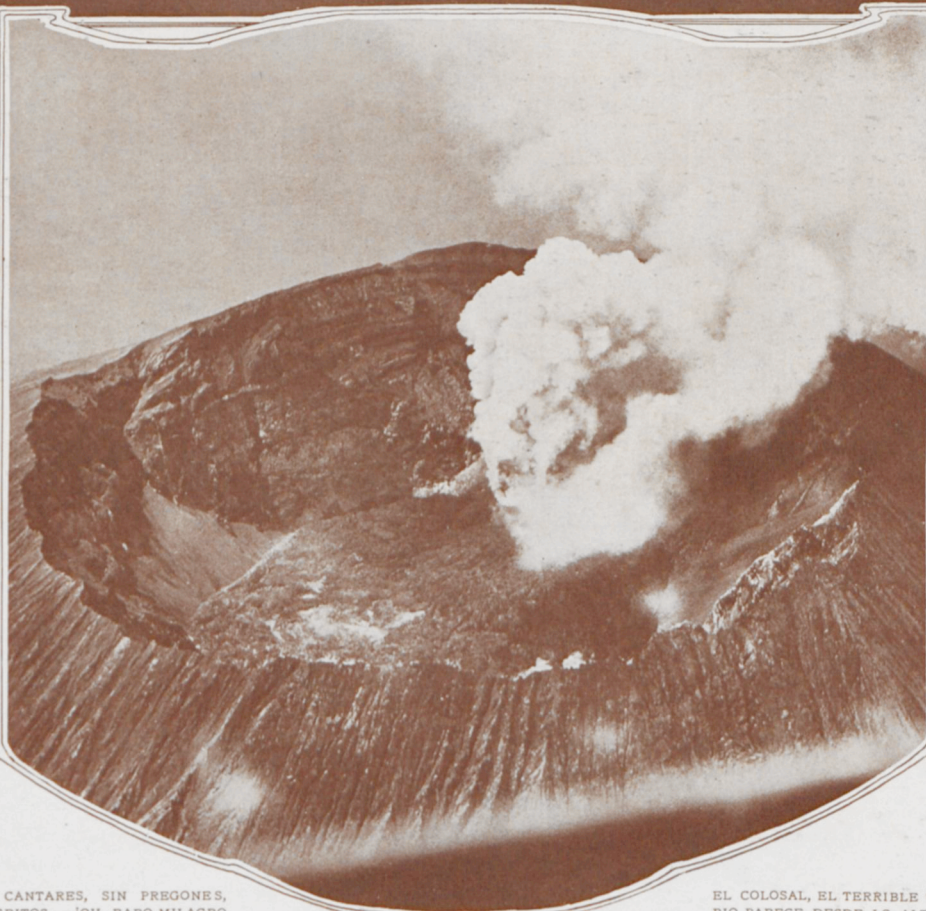
LP
Foto
Van Riel

Las Ciudades del Ensueño NÁPOLES A VISTA DE ÁGUILA



El anónimo e inspirado autor de aquel proverbio que la admiración universal aprueba unánimemente, no sospechaba las delicias de un vuelo en dirigible sobre la bella Nápoles. *Vedi Napoli e poi morire.* Quien no la ha visto así, a quinientos metros de altura, a bordo del M. 1 de la flota aérea italiana, no sabe bien cuán hermosa es la incomparable ciudad.

La bulliciosa urbe desfila ligera bajo la barquilla de la aeronave que parece inmóvil, como sobrecogida por la emoción. Desfila callada; solamente grita a los ojos con una aturdidora algarabía de calor. A la derecha, el mar violáceo, las playas adornadas con flecos de encajes, y más allá el Vesubio con su leve resplandor sobre su mole bituminosa. Bajo los pies del asombrado viajero la policroma visión de la ciudad, blanca a trozos, roja, cenicienta, verdeante de jardines.



Y gritando como un niño, el viajero repite los nombres que toda la tierra sabe: Via Roma, Palacio Real, San Telmo, Piedigrotta, Pizzofalcone, San Carlos, Posilipo...

Es Nápoles, la Sirena, y la ve antes de morir y un poco atemorizado por el peligro de muerte. Es Nápoles, cuyos techos acá y allá lanzan resplandores de espejo. Nunca la ha visto así, ni desde las mayores alturas, el flamante aeronauta; nunca le cautivó tanto.

Ese viaje de ensueño sobre una ciudad del ensueño asemeja a una visión del otro mundo. Así la hubiera visto Dante, si desde el Paraíso hubiese vuelto la mirada hacia su querida Italia. Y solamente él hubiera sido capaz de describir, en tercetos sonoros, el silencioso y esplendente cuadro.

R. SIMBOLI.

Roma, noviembre 1919.



SIN CANTARES, SIN PREGONES, SIN GRITOS.—¡OH, RARO MILAGRO DE LA ALTURA!—ADMIRA EL VIAJERO A LA HERMOSA CIUDAD.

EL COLOSAL, EL TERRIBLE VESUBIO PARECE DESDE LO ALTO UN ENORME Y HUMEANTE MONTÓN DE CENIZAS Y DE RESCOLD.



RENACIMIENTO ESPAÑOL EN BUENOS AIRES

EL PORTÓN, HERMOSA MUESTRA
DE ESTILO PLATERESCO.



LA CASA DEL DR ANTONIO SOJO

UNA ARTÍSTICA PERSPECTIVA DE
LA CASONA.



VISTA DE LA FACHADA PRINCIPAL.

N el corazón de la metrópoli, donde menos puede esperarse, hay una casa distinta a las demás que forman el uniforme arquitectónico de la moderna Buenos Aires. El vulgo, que nada entiende de estilos, pero cuya intuición artística es más fina de lo que se cree,



SALA PRINCIPAL, DONDE SE DESTACA UNA MONUMENTAL CHIMENEA DE ARTÍSTICOS HERRAJES.



ENTRADA A UNA DE LAS HABITACIONES. A LA IZQUIERDA

UN SOBERBIO MUEBLE DE ESPLÉNDIDA TALLA ESPAÑOLA.

detiene sus ojos y se complace en mirar la casa, de la calle Sui-pacha, entre Juncal y Arroyo.

El Renacimiento español resulta una variedad inconfundible de esta escuela. Por muy tocado de italianismo que estuviese, merced a la influencia del gran arte toscano, el *renacer* de la arquitectura clásica castellana mezcla componentes que otros estilos renacentistas habían desdenado. El estilo plateresco se nutre de enseñanzas grecolatinas, sobre cuyo fondo de imitación agrega adornos donde la prolijidad de los artifices católicos y de los árabe-hispanos resalta característica. Fué más bien una reforma que un renacimiento. La devoción española no podía abandonar los cánones del arte ojival, ni tampoco hacer a un lado los primo-

res ornamentales de los artistas mudéjares, ni las humildes tejas de las casas solariegas.

El arquitecto argentino Estanislao Pirovano, alumno diplomado de la *Ecole speciale d'Architecture* de París, gran admirador de la arquitectura española, es el autor de esta obra que le honra.

Para levantar la casa aprovechó un edificio antiguo, cuya distribución fué casi totalmente respetada. Un devoto respeto animó al artista en toda la ejecución de su plan.

Gracias a eso, el doctor Antonio Sojo posee una casa llena de carácter que se distingue entre todas, y hace un buen papel al lado de las pocas cuyos dueños se preocuparon del arte.

RAÚL P. OSORIO.



LA MAGNÍFICA REJA DE LA ENTRADA.

EL PATIO CUYOS AZULEJOS SON DE ESTILO MUDÉJAR.

DETALLE DIGNO DE UNA CASA TOLEDANA.



EL · ARTE · SALVAJE

El primer hombre que, descontento de la forma insípida del cacharro en que bebía, quiso embellecerlo, creó una obra de arte. Con seguridad aquel nuevo cacharro no tenía nada de lo que miles o millones de años después conceptuamos *artístico*; el salvaje remedaba lo que veía: hombre animal, planta. Remedo inmensamente tosco, pero que encerraba una virtud extraordinaria como obra de arte: respondía dicha obra, *exactamente*, a la concepción que de lo bello nacía en el espeso cráneo primitivo. Daba el salvaje, en ese esfuerzo de alma rudimentaria, cuánto había en él. No tenía la menor idea de que lo que él estaba haciendo pudiera no ser bello, pues no conocía otro modo de embellecer. Era su cacharro, pues, una obra *sincera*.

Y si esta cualidad es el corazón hecho arte de las grandes obras civilizadas, de ella también proviene el encanto de esos vasos, estatuillas, dibujos y tejidos primitivos.

Muchísimo más tarde, casi en nuestros días, un poeta de vuelo ha condensado en un verso la esencia y el porqué de la real obra de arte:

Mon verre est petit, mais je bois dans mon verre.

El vaso propio — modo personal de sentir, ver y reaccionar — es el único en este mundo capaz de guardar y verter esa infantil y fecunda savia que en la vida y el arte se llaman Sinceridad.

Alguna vez hemos visto resaltar esta evidencia ante la infructuosa preocupación actual de resucitar el arte primitivo: decorados, alfarería y tejidos de una época o de unos seres profundamente incultos. La empresa es dolorosa, por esta simple razón: lo que constituye el encanto del cacharro salvaje — ingenuidad del alma oscura que lo creó — es precisamente lo que falta en el artista ultra-civilizado que la remeda. El salvaje obró en un solo sentido, pues ignoraba otro; el artista de hoy *elige* ese sentido, entre los mil caminos que conoce. Lo que en el uno es espontaneidad adorable, responde en el otro a dubitación, tanteo, amargura, desencanto de las rutas exploradas. Llega al amor de la figurita ingenua, por fatiga de la figurita super refinada. Y si esta desorientación de artista supone ductilidad de alma para sentir un decorado cuaternario, no lo faculta de igual modo para crearlo. Porque esta creación es en él un camino *elegido*, cuando en el artista primitivo era el *único*.

No es imposible que en un ceramista de nuestros días anime una sensibilidad salvaje: inmensa frescura y espontaneidad artísticas para ver y sentir por *primera vez*; pero el fenómeno es demasiado raro para hallarlo en la primera exposición, y para no desconfiar de la mayoría de los decoradores seudo toscos, cuya primitividad de alma es una simple manifestación de decadencia.

El principiante — podrá decirse, — el artista inculto, se hallan, pues, en tales condiciones de sensibilidad impoluta. No es así; en las razas desde largo tiempo civilizadas, la herencia, por insensible que aparezca, nos niega esa frescura primordial. El neófito — escritor, pintor, escultor — paga a despecho suyo la fatiga artística de un próximo o remoto antecesor.

Si en sus cacharros de uso doméstico el salvaje imprimió cuanto en él había de visión decorativa, cabé preguntarse qué esfuerzo de ideal anima la mente del indígena, al tallar en un trozo de madera la figura sacra de sus dioses, sus amuletos, sus fetiches. ¿Bellas, las presentes estatuillas? Ciertamente no. Su belleza — o mejor dicho su encanto — proviene de algo más hondo que su realización; de aquello que hizo llorar a Chateaubriand, cuando un joven de diez y ocho años le contaba en sencillas palabras el amor que profesaba a su madre, a sus hermanas, en su lejano Chambery. Momentos antes el joven poeta había leído a Chateaubriand unos versos, en que cantaba precisamente esos amores. Y cuando el jovenzuelo, al ver las lágrimas del gran poeta, exclamó emocionado: «¡Maestro, maestro!... No creía que mis versos...», Chateaubriand le respondió:

«No es por sus versos que vierto estas lágrimas; los versos son buenos, nada más. Llora por lo que acaba de contarme en prosa, y que usted no supo pasar al papel».

El jovenzuelo, sin embargo, se llamaba Alfonso de Lamartine.



Fetiché de los negros de Dahomey (oeste africano). La cabeza está revestida de piel y cabello humanos. Es posiblemente un portaofrenda.



Estatuilla de barro de los negros del sudoeste africano, adorada como fetiché del Gran Amor o la Gran Sombra.



Maceta de madera de la costa de Angola (África).



No permitiéndoles su religión representar directamente a sus dioses, los negros del Congo los personifican en fetiches, tal como el presente



Fetiché de los negros del Congo portugués, de madera, en que ya se percibe la influencia europea.



Vaso tallado en madera, con toda probabilidad de oficio religioso.



— Señor: su amigo Rabalsa lo quiere hablar — anunció la chinita.

— ¿Rabalsa?... ¿Rabalsa?... — me pregunté.

— ¿Rabalsa?... ¿Rabalsa?... — repitió mi esposa.

Y, ¿Rabalsa?... ¿Rabalsa?... — dijeron mi suegra y mis dos cuñaditas. Porque nos entreteníamos siempre en adivinar los apellidos de los visitantes a quienes la sirvienta confirmaba.

— ¿A que es Olazábal?

— No; Bermúdez.

— Bueno; vamos a recibir a Pérez — dije, y me encaminé hacia el vestíbulo.

En el vestíbulo, desplomado sobre una silla, vi al compañero Alcázar.

— ¡Hola, Rabalsa! — grité alegremente. — ¿Dónde te metiste *Gabriel* Rabalsa? ¿Por qué te presentas de riguroso seudónimo? Ven: mi gente quiere conocer al simpático Rabalsa.

— No; disculpa — murmuró levantándose lo más tristemente posible. — Quería hablar contigo.

Y nos sentamos en dos sillas incómodas, junto al velador del vestíbulo. Aquellas sillas y aquel velador traíanme el recuerdo físico del bar donde Alcázar, el *causer*, el Máquina de Coser, según un *calembour* francohispano del que estoy orgulloso, nos entretuvo durante muchas noches. Pero ni el vestíbulo era un bar ni el Alcázar de entonces parecía a ese melancólico Alcázar de ahora. La chinita acertó por fin: aquél era Rabalsa, un mellizo más aseado, más vestido de negro, inquietante. Una incomodidad espiritual se atravesaba entre nosotros, favorecida por la incomodidad de los asientos.

— ¿Qué tienes, vejete?

— Tengo que he conquistado la voluntad — respondí con tristeza.

¡La voluntad! Durante la pausa que siguió a la frase solemne recordé el discurso cómicoserio de Alcázar pronunciado una noche en el bar antes aludido.

«La Voluntad — dijo — es una diosa que tiene cien diligentes brazos a disposición de los hombres enérgicos, pero es para mí tan manca como la Venus de Milo. En este instante, los de la mesa de enfrente han inquirido del camarero el tema de nuestra discusión, y andan ya dándole vueltas a la voluntad. Pronto, toda la sala zumbará en torno de la voluntad. Una poderosa voluntad nos congrega: la de ese hombre que, resguardado por la caja registradora, saluda a los clientes y vigila a los mozos. La insinuante voluntad de Victoriano multiplica los medios litros sobre esta mesita voluntariosa. Voluntad son esos diez círculos blancos que la pesada espuma de la cerveza dejó en el chope del camarada Ramírez, como mudos testigos de un carácter metódico. Voluntad dice la sabia elección que de las mejores aceitunas hace el colega Maldonado. Voluntad hay en el aviso que el artístico pintamonos Rodríguez tiene ahí — porque *avisus avisum vocat*, el aviso llama al aviso. Todo es voluntad, todo menos yo. He leído a Smiles, Ribot, Payot y los libros *yogis*; ejecuté todas las zalemas del rito gimnástico sueco, escribí *réclames*, estuve a punto de abrir un bar, pero inútilmente, infecundamente: no conseguí los diez círculos de espuma, no domino la elección de los manises. En una palabra: no tengo voluntad, y esa dolorosa carencia ha de conducirme fatalmente a morir con los botines puestos... y rotos. Porque, oídlo bien, queridos compañeros de tareas,

LA CONQUISTA DE LA VOLUNTAD

EDUARDO DEL SAZ

envidiados voluntariosos: La Voluntad es una suerte reservada a los hombres *suertudos*. »

Tal era la teoría que Gabriel Alcázar desarrolló largamente con bastante ingenio. Era un fatalista jovial que soportaba la vida estoicamente.

Por eso me sorprendió su: «he conquistado la



voluntad» dicho en tono de pésame y cara de velorio.

— Expílicate, vejete.

— Verás. Yo necesitaba curarme de pereza crónica y de falta de fe en mí mismo. No quería hallarme más atormentado por las premiosas esperas de mi modestísima inspiración, ni sujeto al rebusco de palabras. Mi familia necesitaba un hombre



metódico que no perdiese las horas planeando asuntos, un hombre trabajador, productivo, uno de esos padres-esposos-hermanos que viven siempre en el hoy fabricándose un buen mañana.

Nuestro médico es un viejecito bondadoso. Desde hace años impone a la familia la sagrada voluntad de curar. ¿Me comprendes? Para nosotros sus recetas son órdenes terminantes. En fin: el Lourdes familiar.

Una vez, hablando precisamente de ese dominio curativo, nos encomió sus facultades hipnóticas. Y en tanto que refería algunas curaciones, yo asocié todo aquello a mi enfermedad moral.

Al principio, únicamente vi el cuento; — ya conoces aquella locura argumentadora que yo poseía — pero pensándolo mejor, quise ser el protagonista.

El médico me miró con sus ojillos verdes: «No sería malo probar», dijo. Probamos durante siete sesiones el poder del hipnotismo sobre la abulia que me consumía. Durante siete sesiones morí y renací siete veces, la última como estoy ahora, pero alegre, pues creía en los milagros de la voluntad conquistada.

Soy otro, ya no me conoces, no soy el loco de hace dos años. Escribo sin perder el tiempo, fácilmente. Las letras fluyen, hacen líneas, cuartillas, artículos y libros sin que yo sufra el tormento angustioso. Y gano mucho.

Gano demasiado, porque mi nueva prosa no vale. Fría, blanca, peor de lo que hablo, peor de lo que pienso, es otro martirio. En aquella, escrita a empellones, había chispazos de algo ardiente. Mi vanidad dudaba creyendo; la autocrítica tenía dónde morder. Ahora no. Quizás guste a los que pagan; ya nunca gustará a los que envidian. Soy incapaz de escribir lo imaginado en mis días perezosos. Por cariño a mi gente, por egoísmo, no quisiera recobrar mi enferma alma desaparecida. Y sufro, vejete, sufro la pérdida de aquellas trabas, de aquella premiosidad y de aquella «demasiado literatura».

¡Alcázar quejándose de la sobra de dinero! ¡Alcázar bien vestido, triste! Ya ves; yo tenía razón: la voluntad es una suerte, ¡una mala suerte!

— Gabriel — le dije — jura que no mientes.

— ¡Por mis hijos te lo juro!

— Entonces, quizás te engañes nuevamente en tu autocrítica.

— No me engaño, y lo sé porque envidio a otros de quienes antes nos reíamos.

— Otra manía de las tuyas, vejete. Tú estás condenado a escribir bien, a dudar, a martirizarte.

— No — murmuró. — ¿Conoces los cuentos de Amalio Fournes? Así quisiera yo escribir.

— ¡Pero si ese Fournes escribe como un idiota!

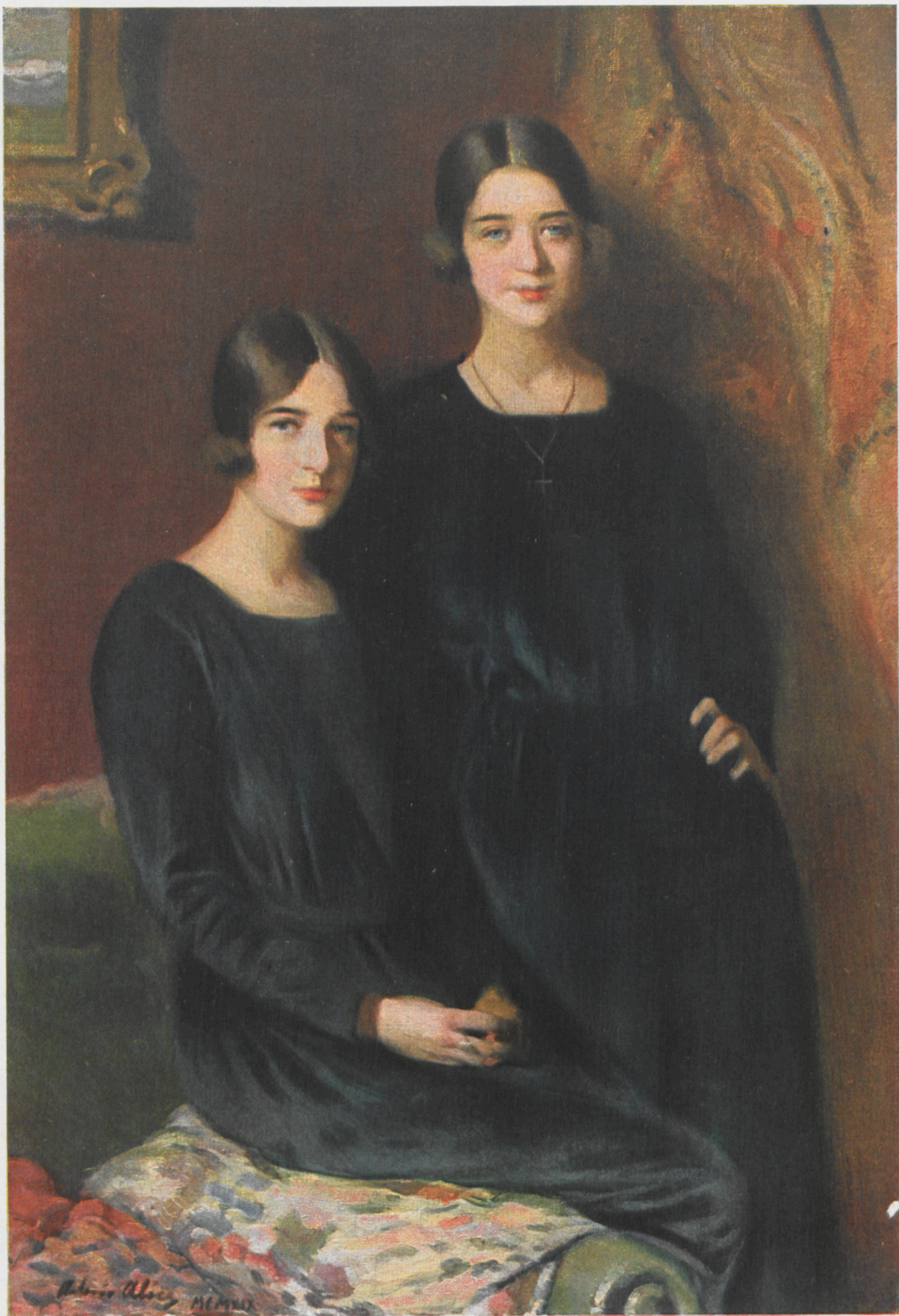
— ¡Lo has visto! — gritó levantándose de un salto. ¡Ese Fournes soy yo! ¡Ese es el seudónimo de un ganapán avergonzado de sí mismo!

Certera y ridícula la emboscada de mi amigo, ridícula y certera. Me dejó achatado.

Le vi cómo de repente se metió en el comedor, y luego cómo lloraba sobre la mesa todas las angustias de la vanidad impotente. La voluntad conquistada sólo le servía para llorar con carácter las penas de su espíritu.

Quise consolarle,

Y no supe consolarle.



Retrato de las Señoras
Maria y Esther y Leopoldina Badino.
 Obra de ANTONIO ALICE



Talco Williams'



Después del baño de mar.

El sedoso y suave tacto que el **TALCO WILLIAMS** otorgará a su piel, le producirá un bienestar indecible.

Es refrescante y suaviza el contacto del cuerpo con la ropa, haciendo desaparecer la aspereza del agua de mar.

Usted puede usarlo a discreción, su calidad es única y no reconoce medida en su aplicación—calidad, considerada superior a cualquier otro polvo.

El cierre hermético del **TALCO WILLIAMS** lo previene de los desperdicios, conservando su exquisita fragancia hasta la terminación del polvo.

¿Cuál es su perfume preferido?

WILLIAMS, se expende en seis diferentes: Violeta, Clavel, Lilas Inglesas, Matinée, Rosa y Talco para Bebé.



Precio del tarro: \$ 1.00

DE VENTA EN TODAS PARTES

Fabricantes: **The J. B. Williams Co.**
Clastonbury, U. S. A.



Agentes: **Mayon Ltda.**
1245, A. de Mayo, 1257-Bs. Aires

PHILIPS
ARGA
La mejor
lamparita

Fabricantes
PHILIPS LTD. EINDHOVEN
(Holanda)

Unicos Agentes
VILH y MARZONI
Buenos Aires



 **Ibero-Amerikanisches
Institut**
Preußischer Kulturbesitz

2.0	5.6	5.0
2.2	6.3	4.5
2.5	7.1	4.0
2.8	8.0	3.6
	9.0	3.2